

CLAUDIA REINA

PARANOIAS

Paranoias

Claudia Reina

Edición digital 2016

Gobierno del Estado de Sonora

Instituto Sonorense de Cultura

Esta obra tiene el propósito de ser material de consulta libre y sin fines de lucro para todo público en general.

Contenido

[La adivinadora](#)

[Virginia](#)

[Mancha roja](#)

[Galatea](#)

[Hijo pródigo](#)

[Cenizas](#)

[Cuerpo muerto](#)

[Vaticinio](#)

A mis padres
por su apoyo

Para Ámelie
por la felicidad

La adivinadora

Estábamos sentados los cuatro en una de las mesas del café cuando un muchacho pasó repartiendo volantes y nos dejó uno. Lo tomó Lucía y lo leyó con pereza, arrastrando las letras entre la lengua, y al avanzar empezó a sonreír porque era algo que podía salvarnos la tarde.

Todos aceptamos ir y salimos del café para encaminarnos a la casa de la adivinadora; además era una suerte que no quedara tan lejos del lugar. En el camino hablamos de los grandes beneficios que nos traería conocer nuestro destino. Claro que lo decíamos sin convicción, como una burla, quién iba a creer en esas tonterías esotéricas y paranormales; ni siquiera Carolina que siempre fue un poco tonta. De todas maneras lo que importaba era que temamos algo con qué llenar el tiempo de la tarde, y estaba también la curiosidad, aunque fueran a estafarnos.

Después de tocar nos abrió la puerta una mujer que nos preguntó qué queríamos. Nos decepcionamos al verla, yo por lo menos, porque pensamos que era la adivinadora y alguien que lee las cartas no podía vestir tan normal y tener la cara tan de costurera o de cocinera. Por suerte dijo, y sonrió con una sonrisa de secretaria, que la señora nos recibiría en un momento, y nos guio a la sala para dejarnos instalados con la consabida frase de están en su casa.

La frase me resultó deprimente porque de verdad era como estar en casa, sentados en una sala común, arreglada con un toque de abuelita escrupulosa. Me sentí embaucado desde ese instante y eso que todavía faltaba ver a la adivinadora, que dadas las circunstancias tampoco prometía mucho. Lucía dijo, yo esperaba algo diferente: incienso, estatuillas de demonios, velas, un gato negro por lo menos. Nos pasó la mirada a los demás para ver si la apoyábamos: ¿no esperaban lo mismo? En el volante se anunciaba que la adivinadora tenía sangre gitana y que poseía numerosos y curiosos objetos relacionados con la magia, adquiridos en sus místicos viajes alrededor del mundo, y que se encontraban a la vista del público (no se toca nada) para que admiraran el siniestro y hermoso encanto de la magia. Contestamos que sí, que aquella visita era una pérdida de tiempo, un engaño, y Sebastián proponiendo que llamáramos a la mujer que nos abrió la puerta para aclarar el malentendido, y Carolina diciendo es lo justo, levantándose del sillón y asomándose a un pasillo largo y oscuro y llamando a la mujer (¿hola, hola?) y no atreviéndose a ir más allá, el pasillo era oscuro, estábamos en una casa ajena, qué tal si.

No quedaba más que esperar. Tal vez la mujer volvería al recordar que nos llevó a la habitación equivocada: qué tonta soy, no sé dónde tengo la cabeza, pasen por acá, la señora posee objetos sorprendentes (no tocar, por favor); ya verán, algunos aterradores, menos mal que las señoritas no parecen asustadizas, qué bueno porque ayer...

Esperamos cerca de media hora. En cualquier momento va a venir alguna de las dos, decíamos, no puede ser que se hayan olvidado de nosotros. La adivinadora aún no está lista y debe de estarse ataviando con un atuendo complicado; y el maquillaje, agregó Carolina. Sí, y el maquillaje, hay que poner mucho empeño para que todo salga bien.

Como dije, desde que la mujer nos abrió la puerta me sentí decepcionado, por eso no se me notaba tanto como a los otros el enojo; más enojo todavía porque íbamos a reírnos un rato, a burlarnos de la magia, y en cambio alguien debía de estarse carcajeando de nosotros en el segundo piso de la casa. Sebastián empezó a fumar como loco y al rato los demás también fumábamos.

Tratábamos de distraernos, pero en el fondo continuamos hablando de lo que considerábamos una gran falta de amabilidad: mira ese estúpido cuadro, y este florero ridículo, y este sillón tan incómodo. Y el enojo y las ganas de quebrar algo fundidos en cada una de nuestras palabras. A lo mejor la adivinadora supo que veníamos a hacerla enojar y ahora nos quiere dar una lección, dije, pero a nadie le hizo gracia.

Una media hora después un ruido nos llegó por el pasillo; era un traqueteo suave y rítmico. Permanecimos quietos, asombrados, con cara de interrogación. A Sebastián se le caía encima la ceniza del cigarro y seguía como si nada. Dimos nuestra opinión: Lucía, alguien cortaba verduras; Sebastián, una tubería descompuesta; Carolina, no supo qué decir. A mí me pareció una máquina de coser. Volví a recordar el momento en que la mujer nos abrió la puerta y les hablé de su cara de costurera (aunque también de cocinera pero no dije nada, para qué, Lucía se iba a empeñar en que era alguien cortando verdura, cuando era tan obvio que el ruido lo provocaba una máquina de coser). Discutimos un rato: rebanar verduras, tubería tapada, máquina de coser. Carolina se animó a decir muy seriamente, para no quedarse callada y dárseles de intelectual: es la música de un compositor sueco que escuché esta mañana, usa martillos en sus melodías. Y fue mejor que no dijera nada porque nos reímos de ella y ya no quiso abrir la boca en un buen rato, aunque nada se perdía.

No nos pusimos de acuerdo pero por lo menos supimos que tal vez alguien andaba por la casa, y que si caminábamos por el pasillo podíamos encontrarnos con esa persona. Carolina dijo, todavía ofendida, yo no voy, y otra vez nos reímos de ella por ser tan infantil, pero ya estaba dicho, Carolina no iba, ni Lucía, por solidaridad; además que no necesitamos ir los cuatro, dijo impaciente, no es una expedición.

Sebastián y yo nos levantamos del sillón y sin más preámbulos nos internamos en el pasillo. Caminábamos lentamente, como se anda en una casa ajena donde uno no es gente de confianza. El pasillo sí era largo y un poco oscuro, pero no como lo describió Carolina y pronto llegamos al otro extremo. El ruido, obviamente, se oía más cerca y Sebastián dijo, te lo dije, una tubería mala; y yo repliqué, es claro que es una máquina de coser, se oyen las puntadas, el movimiento del pedal: pedal puntada pedal puntada.

Había una estancia con tres puertas y más allá se veía una escalera. No queríamos abrir puertas ajenas, por eso optamos por llamar a la costurera con sonrisa de secretaria o en el mejor de los casos que se apareciera la adivinadora de dudosa sangre gitana, pero no respondió ninguna de las dos.

El ruido seguía igual, constante, y hubo que contemplar la posibilidad de que tal vez nadie lo estuviera provocando; probablemente era un objeto que andaba solo. Sebastián se movía de un lado a otro como animal enjaulado; había que tomar una decisión, teníamos derecho a algo, a cobrar por lo que nos estaban haciendo. Empezó a caminar pesadamente. Quería que sus pasos resonaran y asustaran a alguien, pero nadie acudía. Era como si la casa estuviera deshabitada o como si quisieran probar nuestra resistencia, y esa idea era como ácido para Sebastián, por eso tenía los puños cerrados y las venas del cuello hinchadas. Dijo, yo no me quedo con los brazos cruzados y abrió sin cautela las puertas: la cocina, una sala llena de muebles viejos, espejos rotos, pinturas agujeradas, y un cuarto vacío. Entró a las tres habitaciones y las inspeccionó; no encontró

nada. Luego volteó a ver la escalera pero no se atrevió a subir, en cambio encendió un cigarro y dijo qué hacemos. Dame un cigarro, pedí. Qué extraño ese cuarto vacío, al menos podrían meter algunos de los muebles del otro cuarto a ése, ya viste que al abrir la puerta casi se te viene encima una silla. Sebastián me miró fastidiado y dio un resoplido para indicarme que le importaba un bledo la habitación vacía.

Me daba lo mismo si subíamos o no, así que dije subamos, lo peor que puede pasar es que llamen a la policía. Parecíamos dos ladrones caminando casi de puntitas; Sebastián primero, encogido, preparado a recibir un golpe o a dar una buena explicación, y yo casi deseando que nos descubrieran para acabar con aquello de una vez. Antes de llegar arriba nos llegó la voz de Lucía, apagada, temerosa: vuelvan a la sala, ¿escuchan? Vuelvan a la sala. Bajamos con menos precaución la escalera y recorrimos el pasillo casi con la respiración contenida.

Pensábamos que en la sala estaría la adivinadora, o la cocinera, pasmada, tratando de comprender por qué los otros dos muchachos andaban en la otra parte de la casa. Ya sentía sus ojos de gato, los de la adivinadora, incrustándose encima, reprobando el hecho, las pulseras de sus manos moviéndose, un minuto de confusión y silencio y nosotros dos con la cabeza baja, igual que perros esperando un golpe con un periódico.

Lucía y Carolina estaban solas. Llegamos alarmados y ellas, aunque un poco preocupadas, se veían tranquilas. Querían saber qué pasaba, eso era todo; nadie fue a la sala, la adivinadora no apareció, y las cosas seguían tal como una hora antes. Sebastián se dejó caer en el sillón no sin antes insultarlas. Subíamos las escaleras, dijo, tratando de no hacer ruido, y a ustedes se les ocurre llamarnos. No descubrimos nada, comenté sólo para que no iniciara una pelea, y Sebastián quiso decir algo más pero se le hizo inútil.

Un silencio y luego lo más lógico que se le pudo ocurrir nunca a Carolina: deberíamos de irnos. Los demás callados, resistiéndonos a decir es lo único que podemos hacer, nos están tomando el pelo. Sebastián orgulloso con cara de váyanse ustedes; Lucía también resentida con los dueños de la casa por tenernos esperando y que no nos hayan ido a avisar que la señora aún no podía bajar o que volviéramos más tarde; y yo desesperanzado como al principio, pensando que daba lo mismo lo que decidiéramos, de todas maneras la experiencia ya estaba arruinada. Carolina nos vio y supo sin que pronunciáramos palabra, a veces no era tan tonta, que nos quedaríamos, por eso se levantó del sillón y dijo que ella se largaba, que no le gustaba perder el tiempo en idioteces. Lucía trató de detenerla, sin ganas, a lo mejor porque en el fondo Carolina tenía razón, y hubiera querido irse con ella, pero estaba la ofensa de dejarnos ahí, no era cosa de encogerse de hombros y salir del lugar.

Queríamos que nuestra presencia insistente en la casa fuera una amenaza, una manera de decir a nosotros no nos tratan como basura, y por eso no nos vamos hasta que alguien venga a ofrecernos una disculpa. Realmente fue idiota habernos quedado y estarnos viendo alternadamente las caras a través del humo, sin decir una palabra, clavados a nuestro respectivo asiento, queriendo oír el chirrido de una puerta, los pasos que se acercan, la sorpresa de encontrarnos a los tres sentados, esperando por la adivinadora. Pero no, desde hacía dos horas ya no la esperábamos, queríamos una explicación y una disculpa y a medida que pasaba el tiempo queríamos algo más, aunque no sabíamos qué era.

Nadie tocó la puerta para solicitar los servicios de la adivinadora. Si alguien hubiera llamado se habrían dado cuenta que nosotros estábamos ahí, atrincherados en la sala. Nadie tocó, el único ruido perceptible fue el de la máquina de coser, o lo que fuera, no importaba, no cambiaba la situación. Y el único movimiento que hubo entre nosotros fue cuando uno de los tres se ponía de pie y se dirigía a un baño que descubrimos en uno de los cuartos, o cuando caminábamos por la habitación, acalambrados y molestos.

Llevábamos tres horas de espera. Habría bastado con decir: bueno, es suficiente, es hora de irnos. Pero nadie iba a decirlo, menos Sebastián que nunca pudo soportar la más inocente broma sin que le hirviera la sangre; hasta se hubiera quedado solo en caso de ser necesario, aguardando las últimas consecuencias. Lucía, a pesar de comportarse seriamente terca en algunas ocasiones, se habría ido. Se le notaba en la cara el cansancio, las ganas de estar fuera del absurdo; habría bastado que alguien propusiera irnos para que ella estuviera de acuerdo.

En el fondo creo que los tres sabíamos que apenas existía una remota posibilidad de que la adivinadora apareciera. Me la empecé a imaginar: gorda, con un vestido holgado y de colores brillantes, más maquillada que una ramera, con un lunar falso encima del labio. Al verla sabríamos que era una impostora. Se presentaría y preguntaría, disculpándose rápidamente, quién va primero, y sería Lucía porque nosotros replicaríamos, demasiado azorados para reclamar por la tardanza: primero las damas. La adivinadora la tomaría de la mano y ella se dejaría conducir con cara de qué remedio. Luego de un tiempo saldría y se llevaría a Sebastián; yo insistiría en que pasara él primero. Para Lucía habría una historia de princesa y para Sebastián el cuento del hombre exitoso; para mí también otro de esos cuentos. El problema sería cuando saliéramos de aquello y nos diéramos cuenta del error que cometimos esperando por algo que no valía la pena. No importaba cuáles fueran las palabras de la adivinadora, ninguna habría sido suficiente para justificar la espera, para no salir de ahí vacíos, sintiéndonos idiotas por empecinamos en querer cobrar una ofensa que pudo ser evitada yéndonos de ahí. Sebastián tal vez habría hecho algo, quebrar cualquier cosa, gritar y enfurruñarse, pero no bastaría porque viérase como se viera nosotros salíamos perdiendo.

Alguno de los tres iba a decir algo tarde o temprano, lo más probable era que Lucía y fue ella quien dijo en un tono quejumbroso: tengo hambre. Sebastián la observó desde la nube de humo; sólo eso faltaba, que alguien hablara para atacar: pues si la señorita tiene hambre que se vaya a comer a su casa. Desde hacía horas se notaba que Lucía quería desquitarse con Sebastián, acusarlo, reprocharle nuestro ridículo empeño en quedarnos: me voy a ir cuando me dé la gana, y deberías de estar agradecido porque nos quedamos. Sebastián volvió a atacar recalcando violentamente las palabras: vete a tu casa, esto es cosa de hombres. Entonces Lucía le escupió el peor insulto que él podía tolerar: al final vas a salir de aquí con la cola entre las patas, eres un perro orgulloso que no sabe perder. Por eso él tiró al suelo el cigarro que tenía en la boca y se le formó una sonrisa maliciosa en los labios. Intuí lo que iba a decir, era el momento propicio, el instante en que podía dar el golpe definitivo: supongo que no me lo tengo que tomar tan a pecho viniendo de una asesina. Lucía se puso muy pálida y bajó los ojos. Eres un imbécil, dije, y Sebastián continuó con la sonrisa maligna, saboreando el efecto de su golpe, el triunfo.

Fue inesperado que Lucía se abalanzara sobre Sebastián y lo golpeará con los puños cerrados. Después de un breve tiempo de silencio en que parecía que iba a quedarse inerte en el sillón y él

con la mirada fija en Lucía, demostrando quién había ganado, fue inesperado que ella se abalanzara sobre él. Para Sebastián fue muy fácil agarrarla de las muñecas e inmovilizarla, levantarse y empujarla al lugar que ocupaba en el otro sillón. Fue fácil sacar otro cigarro y encenderlo, y verla otra vez, desafiante como antes, dispuesto a volver a atacar de ser necesario. Lucía, con los ojos bajos, dijo no entienden, no me conocen. Hablaba con un hilo de voz, como si lo dijera para sí misma: no entienden. A pesar de que intentaba evitarlo, las lágrimas resbalaban por su rostro.

La siguiente hora transcurrió sin que nadie dijera nada. Sebastián fumaba; Lucía continuó con la cabeza baja, y yo con la mirada clavada en la pared. Me habría gustado decirles: los invito a tomarnos unos tragos para olvidarnos de esto, de tus heridas Lucía, del animal que eres Sebastián. Pero no eran ésas las palabras que nos sacarían de la casa. A lo mejor tenía que ir por fin la adivinadora a recibirnos; aunque aquello ya no se tratara de la adivinadora. O tal vez un poco.

Sebastián veía de vez en cuando a Lucía. Ya no mostraba la expresión de triunfo, sino una mirada escrutadora que buscaba contabilizar los daños, pero Lucía era impenetrable. Un escudo alrededor de ella la aislaba de todo. Yo habría podido ayudarle contando el caso irresuelto de malversación de fondos en donde él fue el principal sospechoso. Nunca lo comprobaron a pesar de ser culpable, y yo lo sabía y pude haberlo mencionado para que el golpe no le diera de frente. Debí de haberle dicho que Sebastián no estaba limpio, era un ladrón, no merecía ver su cabeza baja, avergonzada y adolorida. Pude haber contado otras cosas; hablar del robo semanal perpetrado contra la madre, su nombre involucrado en situaciones criminales. Lo de ella era poco comparado con las acciones de Sebastián, suciamente premeditadas. Nadie murmuraba de él porque sabía dispersar los rumores, inventar historias que cubrieran la mierda que había en su vida. En cambio Lucía estaba indefensa contra los chismes, las miradas malintencionadas, tal vez como una forma de expiar el aborto que se hizo urgentemente para que nadie se diera cuenta; por eso, tal vez, recibía sumisa la mirada filosa de Sebastián. Habría tenido que irme a sentar a su lado y pasarle un brazo por los hombros, pero ella no era el tipo de persona que se dejaba consolar, aunque a Carolina sí la habría aceptado pero Carolina se fue y era una suerte porque Sebastián la hubiera destrozado con cualquier pretexto.

Pasaron unas cinco horas desde que llegamos a esa casa. Lucía se quedó dormida en el sillón, de espaldas a nosotros. Sebastián ya se había levantado dos veces para internarse en el pasillo, sin invitarme a acompañarlo y sin decir nada cuando regresaba. Era continuar esperando o que se apareciera la adivinadora en la sala para que supiera que seguíamos ahí, y que nos importaba un cuerno que nos leyera las cartas. Nos quedamos para verla y que nos viera y que Sebastián la puteara como horas antes dijo que lo iba a hacer.

Es el último, dijo Sebastián para sí mismo y en voz alta, sosteniendo un cigarro aplastado en la mano. Transcurrió cerca de media hora en silencio. Teníamos cara de naufragos demacrados a causa de las largas horas de espera. Lucía se revolvió en el sillón como angustiada por una pesadilla. Desde la lejanía de su sueño turbio empezó a hablar, y habría sido mejor no oírla porque decía Sebastián no, Sebastián no te me acerques. Se tapó la cara y el cuerpo queriéndose defender del ataque, y con la voz cortada volvió a repetir, Sebastián no. De pronto dejó de hablar y su rostro recobró un aire tranquilo y limpio. Volteé a ver a Sebastián; el delirio de Lucía lo tomó por sorpresa. Estaba nervioso; encendió el último cigarro y le dio una chupada larga. Él también volteó

a verme y recompuso un poco la expresión fanfarrona de antes; se sintió obligado a decir algo que atenuara la situación: las mujeres se impresionan por cualquier cosa. Podrías no haber mencionado el aborto, dije, y me vio reprobadoramente: se lo merece. No es la única que se lo merece, contesté. Sebastián me miró furioso y dijo: entonces la hubieras defendido.

Algo terrible debió de ocurrir en el sueño para que Lucía gritara de esa manera. Cuando abrió los ojos siguió gritando hasta que me acerqué a ella y me reconoció, y al acordarse de dónde estábamos buscó a Sebastián. Lo miró por unos segundos y le dijo: tú también eres un asesino, y como en un acto reflejo se pasó suavemente una mano por el vientre. Casi se le cayó el cigarro de la boca. Temí que quisiera golpearla. Cerró los puños, le temblaban las manos, pero se quedó sentado, viéndola con una expresión vacía. Lucía se dio vuelta en el sillón y se durmió de nuevo, o por lo menos parecía dormir.

Fue como si Sebastián hubiera recibido un golpe en la cabeza y no alcanzara a reaccionar. Permaneció inmóvil por un instante, aquejado tal vez por un recuerdo siniestro, o estupefacto porque alguien se atreviera a echarle algo en cara por primera vez en la vida. Fuera lo que fuera debía inventar algo que lo hiciera ver inocente; dijo, desde lejos, sumido en un pensamiento misterioso: la gente habla tonterías cuando duerme. Y estuvo bien que lo dijera, porque era la única forma de volver a poner las cosas en su lugar, así como tenían que ser: nosotros tres esperando a la adivinadora desde hacía varias horas. Y estaba bien que de nuevo nos abrigara el silencio y se plantara entre nosotros la calma, aunque no fuera a durar. Y mucho mejor fue que Sebastián dejara de tener apretadas las mandíbulas y aceptara un cigarro que encontré por casualidad en el bolsillo de mi camiseta.

Todo estaba bien: el ruido constante propagándose desde el otro lado del pasillo, el secreto de Lucía disipado momentáneamente, la noche llegándonos por la ventana, nosotros esperando. Cuando se relajó un poco, Sebastián dijo, sin dirigirse a nadie, viendo el techo, que cuando fue a investigar solo el otro lado de la casa subió las escaleras y vio tres cuartos vacíos, uno nada más ocupado, y no dijo qué había en él. Siguió fumando, sin volver a pronunciar una palabra. Lucía continuaba durmiendo.

Habría sido bueno que en ese momento se apareciera la adivinadora y predijera futuros esperanzadores para todos aunque fueran falsos, así ya no persistiría el recuerdo del aborto de Lucía y lo que Sebastián ocultaba. Yo habría propuesto que él entrara primero y cuando se fuera la agarraría del brazo y me la llevaría de ahí para protegerla de aquello que Sebastián seguramente planeaba para vengarse de ella.

Al fin estaba todo tranquilo, pero aquello no iba durar mucho tiempo. Sebastián no era de los que soportaban una ofensa. Las palabras de Lucía seguían en el aire y a pesar de todo lo único que podíamos hacer era esperar por la adivinadora.

La noche continuaba. Sebastián no perdonaba las ofensas.

Virginia

Para mi hermana fue muy duro aceptar la pérdida de su pierna. No quiso levantarse de la cama hasta muchos meses después, a pesar de haber estado en condiciones de hacerlo. El día que quiso ver cómo le quedó el muñón me pidió que la dejara sola. Cuando volví a entrar en el cuarto la encontré frente al espejo largo, apoyada en las muletas, observando sobrecogida su carne mutilada. Le dije para consolarla que no tenía que ser así siempre, podría usar una prótesis, la ayudaría a caminar sin necesidad de usar las muletas. Me contestó que nadie la iba a querer nunca, y se fue a acostar de nuevo en la cama y a sepultarse bajo las sábanas.

Con el paso del tiempo aceptó su situación, la pobre no tuvo más alternativa. Luego la convencí de ir a ver a un doctor que le colocó una prótesis con la que aprendió a andar como si fuera su pierna verdadera. Ella decía, cuando se recuperó del dolor de la pérdida, que era su pata de palo, pero nunca se recuperó del todo, por eso a veces iba a encerrarse en el baño a llorar por esa cosa con forma de pierna que debía andar arrastrando todo el día para seguir siendo como los demás.

Nuestros padres murieron hacía muchos años en un accidente. La casa quedó para las dos solas y de un día para otro se volvió muy grande y muy oscura. Teníamos miedo de andar por los pasillos o de dormir con la luz apagada. Marta empezó a tener pesadillas a causa de su pierna postiza. Decía que soñaba que la pierna se llenaba de vida y recorría la casa y cuando se encontraba con ella se ponía furiosa y comenzaba a patear su pierna buena hasta desprendérsela. Desde que tuvo esos sueños yo la veía por la mañana agarrar su pierna con repulsión y acomodársela apresuradamente. Debió de ser muy difícil para ella andar con su pata de palo, a pesar de todo así seguía llamándola, atornillada a su muñón, sintiendo que estaba viva y que conspiraba contra su pierna sana. Cada vez con más frecuencia se encerraba en el baño y cuando iba a preguntarle qué le pasaba, me respondía llorosa, la pierna, es la pierna, y en su tono de voz había asco, como si ese tronco inerte fuera un animal extraño que no se pudiera quitar de encima.

Después sucedió lo que ya veía venir: Marta no dormía, no quería comer, tampoco quitarse la pierna porque decía que cuando la tenía puesta la vigilaba mejor. Yo ya no volví a mi trabajo; decidí que viviéramos de lo que nuestros padres nos dejaron hasta que se agotara, y me quedé tratando de detener la locura de mi hermana. No quise llamar a ningún doctor, ya sabía que iba a recomendarme, o a exigirme, que la internara lo más pronto posible en un hospital psiquiátrico.

Marta nunca se dio cuenta de que se estaba volviendo loca, ni siquiera me preguntó por qué dejé de trabajar, aceptaba mi presencia, y tal vez hasta la de la pierna, alrededor de ella, vigilándola, cuidándola, como algo que de pronto se volvió natural. La hermana mayor siempre debe hacerse cargo de los problemas, eso nos decía mamá y quizá Marta aún lo recordaba.

Era horrible tener que verla en esa condición, aunque duró nada más unas cuantas semanas. Marta se limitó a andar sólo en ciertas áreas de la casa y a ciertas horas. Nunca iba a la sala o a la cocina cuando se hacía de noche. Nunca se aparecía en el comedor por las tardes. La única habitación por la que podía andar con cierta comodidad era la nuestra, y siempre, sin discusión, era necesario cerrar su puerta a las ocho en punto de la noche y debía salir de ahí antes de las siete de la mañana. A la habitación de nuestros padres no volvió a ir y a mí me prohibió que entrara en ella.

Pero tengo que limpiarla, le dije sin poner mucho empeño en convencerla.

Para qué. Déjalos solos, respondió.

Me quedé helada:

¿A quiénes?

Tú sabes muy bien, respondió molesta.

Sí, pero ellos están...

Tú sabes muy bien, volvió a recalcar su respuesta con dureza.

Guardé silencio y bajé la cabeza sintiendo el corazón oprimido. Se aproximó a mí, alzó suavemente mi rostro, y con una voz llena de dulzura me dijo:

Déjalos solos, Virginia.

Y la obedecí, aunque estuviera loca.

A veces se quitaba la pierna para quedarse sentada horas frente a ella, vigilándola. Nunca quise preguntarle qué pensaba para no alentarla en su locura, pero me hubiera gustado saberlo para poder acompañarla en sus pensamientos torcidos. Lo peor de todo lo que hizo fue cuando empezó a amarrar la pierna a una cuerda y la dejaba balancearse en una viga del techo. La pierna oscilaba y ella la veía durante horas con sus ojos convertidos en dos péndulos atentos. Luego se ponía a hablar para sí misma. Algunas veces me acerqué a ella con el pretexto de llevarle una taza de té pero nunca conseguí que me prestara atención. Estaba absorta en la pierna, en las palabras que decía, o le decía, como una sonámbula viviendo muy adentro de su sueño, y yo temía ponerle una mano en el hombro y sacudirla o seguir hablándole porque tal vez allá, lejos de todo, de mí, de la casa, llegaba sola al término de la pesadilla para volver a emerger a la realidad donde yo la esperaba ansiosa por poder comprenderla y ayudarla.

Por un tiempo los sueños se volvieron horripilantes, lo sé porque aunque nunca quiso contármelos, Marta despertaba gritando y ahogándose por el pánico. Yo corría a su lado para abrazarla y sacarla del sueño, y lentamente volvía a recordar dónde estaba, quién era ella, quién era yo. Se palpaba el muñón y llorando volteaba a ver la pierna postiza con una mirada de terror. Una de tantas noches dijo:

¿Qué es eso?

Después de elegir con cuidado las palabras contesté:

Nada. Mañana vamos a deshacernos de ella.

Me hace daño.

Por eso vamos a deshacernos de ella, contesté.

No, no vamos a poder.

Pero, ¿por qué?, pregunté alterada.

Porque no se puede. Ya lo he intentado y siempre vuelve.

Vas a ver que sí vamos a poder, dije acariciándole el cabello.

Hace rato le clavé un cuchillo, dijo con una voz muy cansada.

Inmediatamente volteé a ver la pierna, aunque no era necesario; estaba igual que como la habíamos dejado antes de ir a dormir.

Marta..., empecé a decir sin saber qué palabras tenía que usar para llegar a ella.

Virginia, dijo mirándome con unos ojos muy grandes y lejanos, dime la verdad, dime qué es eso. Te he visto hablándole y esa cosa te sigue, te busca y se va contigo.

No le respondí. Me quedé llorando junto a ella, esperando que llegara la luz del día con la que nos sentíamos más seguras. Marta insistió varias veces en que le dijera la verdad hasta que se quedó dormida.

Todas las noches escuchaba sus alaridos y al levantarme lo primero que hacía no era ver a mi hermana sino a la pierna recargada contra la pared. Habría querido enterrarla en el patio o quemarla o llevarla al basurero cuando Marta no se diera cuenta, pero me daba miedo agravar su locura porque estoy segura de que si no la veía inventaría alguna historia, diría que se ocultaba en los rincones de la casa, o cualquier idea desquiciante. Era mejor que su presencia siguiera acompañando a mi hermana hasta encontrar una forma de hacer que volviera a ser una simple pierna inofensiva.

Las semanas siguieron moviéndose pesadamente. El día era una silenciosa quietud enervante. La noche era un grito hondo, la respiración contenida, las manos cubriendo la cara. Hasta que aquello terminó.

Una mañana Marta no despertó antes de las siete para salir de nuestra habitación y yo la dejé dormir pensando que era una buena señal. A las ocho escuché que se acercaba usando las muletas; le ofrecí café y aceptó. Mientras lo tomábamos dijo sin mala intención: vi que hoy no te pusiste la pierna. Aunque se me heló la sangre tuve que responder de inmediato para no desconcertarla: me siento más cómoda sin ella. Y me sonrió, ya no con el rostro perdido en la locura, y también me miró de una manera compasiva, como yo tal vez la miré muchas veces cuando no la comprendía.

Fue así que recobró la salud y aparentemente Marta volvió a la normalidad. Las dos seguíamos sintiendo la casa demasiado grande, pero a eso se reducía el temor; ya no a la pierna, ya no a los pasos de Marta que llenaban nuestra habitación por la noche. Entonces empecé a preocuparme. Sé que es horrible que diga esto, sé que es irracional; me angustiaba que mi hermana ya no vigilara la pierna mientras dormíamos. Cuando estábamos despiertas podía tenerla al alcance de mi vista pues Marta, a pesar de todo, la seguía usando para fingir que no tenía un miembro mutilado, pero en la noche la dejaba parada al lado de su cama; se veía quieta, muerta, yo temía que de pronto hiciera una inflexión y avanzara un paso, y luego otro, y otro, dando saltitos, y que después hiciera lo que hacía en los sueños que mi hermana se negó a contarme.

Tal vez Marta esperaba que yo la cuidara de la pierna, por eso se veía tan tranquila cuando dormía. Tal vez pensó que me pidió que la protegiera de ella y yo acepté. Me parecía que había sanado demasiado pronto de la locura. No era posible que por veintidós días seguidos estuviera colgando la pierna del techo y un día, repentinamente, se olvidara de todo.

Nadie me lo creería, de todas formas voy a contarlo: estoy segura de que también tuve los mismos sueños de Marta. La pierna caminaba por toda la casa, se sentaba en un sillón de la sala, o se paraba frente a mí. Las piernas no sienten, pero ésta sentía envidia; una envidia que iba creciendo hasta enloquecerla, por mis dos piernas sanas, hechas de carne y hueso, unidas a mi cuerpo, siendo parte de mí, no que ella era un trozo de material duro que se quedaba en un rincón cuando no era útil.

Entendí por qué mi hermana debía colgar la pierna, y yo hubiera querido hacerlo también pero no lo hice por orgullo. Podía aceptar dentro de mis pensamientos que estaba a punto de volverme loca como ella pero no quería que se diera cuenta. A mí me correspondía continuar en el papel de hermana protectora y seguir dándole su taza de té, recostarla en la cama y ponerle compresas en la frente cuando se enfermaba, sin importar que dentro de mí crecieran sueños negros.

Yo sé que lo mejor habría sido no encerrarnos dentro de esa casa tan grande y tan deshabitada. Debimos salir, aceptar las invitaciones de la vecina a tomar un café, ir a pasear a un parque, lo que fuera para alejarnos unas horas de esa idea tenebrosa que crecía en la cabeza de Marta y después en la mía. Ahora me doy cuenta, demasiado tarde, que uno jamás debe quedarse solo consigo mismo, menos con alguien que se está volviendo loco. Es la única explicación que puede haber para lo que pasó. Las explicaciones tienen que ser redondas, matemáticas, y aquello que no pueda ser de esa manera es automáticamente una alucinación.

Nadie debería de creer lo que a continuación voy a decir. Yo también desearía no creerlo pero no puedo. Ocurrió de noche; me quedé dormida durante unos minutos, soñé con la pierna que escrutaba de nuevo mis dos piernas. Desperté asustada, buscándola en el sitio de siempre, pero no la encontré, tampoco a mi hermana. Ahí mismo fue cuando acepté mi locura. Me levanté de la cama y recorrí angustiada la casa. Vi a Marta que venía caminando apoyada en las muletas, sin la pierna puesta, por el corredor. Se acercó a mí y dijo, ven, y me tomó de la mano. Me llevaba a la habitación de nuestros padres muertos; conforme nos acercábamos notaba que se ponía nerviosa y me apretaba la mano. Yo no podía decirle nada, tenía la certeza de que lo que pasara en esos momentos me destruiría.

Llegamos a la habitación, se sacó del bolsillo de la bata la llave y quitó el cerrojo, le dio vuelta al picaporte y empujó la puerta con fuerza para que quedara abierta de par en par. En los ojos de Marta se reflejaba la inocencia de una niña, estoy casi segura que no entendía nada de lo que pasaba, ya no alcanzaba a comprender el horror, como yo; se había vuelto loca por completo. Creo que por eso me dijo con la mejor de sus sonrisas, sin despegar la vista de lo que sucedía dentro de la habitación: No volverás a ver algo así, Virginia.

Mancha roja

Siempre me mandaban a sentarme en la sala cuando había problemas o querían tratar un asunto importante entre ellos: Ve a la sala, después vamos contigo, mientras ponte a leer o haz la tarea. Yo no hacía ninguna de las dos cosas, era mi manera de protestar por excluirme. Me gustaba quedarme viendo el cuadro que papá trajo del viejo mundo, como él decía. A nadie le gustó cuando llegó con él, a mí tampoco, y mamá no estuvo de acuerdo cuando papá se empeñó en colgarlo en la pared de la sala porque iba a arruinar la decoración, pero de todas maneras lo colgó. No le vas a negar un lugar en nuestra casa al maestro, le dijo. Mamá contestó que se lo negaría a cualquiera que pintara cosas tan feas. Fue la primera discusión en que me dejaron solo con la pintura y cuando pensé que había sido pintada por un niño de seis años, a pesar de que papá llamó maestro al artista y creo que ningún niño de seis años puede ser maestro. Lo que sí me gustaba de ella eran los colores fuertes, vivos, que parecían gritar de emoción, como diciendo tenemos formas desagradables pero somos alegres y no nos importa ser feos.

Desde la sala oía cómo mamá alzaba la voz y decía cosas que yo no entendía. A veces los dos se callaban y sentía que el silencio era tan triste como los gritos. Si yo hubiera pintado algo mejor pensaba que tal vez mamá podría deshacerse del cuadro y papá colgaría el mío en su lugar. Éste es más bonito y mejor pintado diría, éste es de un verdadero maestro, y ya no seguirían peleando.

Desde que el cuadro estuvo clavado en la pared creo que aumentaron las peleas. No sólo a causa de la pintura, había cosas que no alcanzaba a escuchar muy bien. Eran muy precavidos, por eso me mandaban a la sala y ellos se iban a su cuarto; desde ahí no se oía casi nada si no alzaban la voz. Yo pensaba que era su manera de cuidarme y me sentía bien cuando escuchaba sus murmullos y los gritos contenidos porque creía que no querían que se estrellaran contra mí.

Con el paso del tiempo me pareció que si el cuadro no era bonito por lo menos tenía la cualidad de decir cosas. Lo descubrí una noche en que papá y mamá se enfrascaron en una pelea y yo me fui a la sala sin que necesitaran decirme que los dejara solos. Esa vez no bajaron la voz y escuché todo pero no me importó porque yo estaba con la vista fija en el cuadro, sin parpadear, y empecé a "ver". Las manchas de pintura, los triángulos, las curvas, ya no eran manchas ni triángulos, ni curvas, sino otras figuras que salían detrás de éstas que mamá tanto aborrecía.

La tela se convirtió de pronto en terreno para un campo de batalla. Poco a poco se llenó de soldados que usaban cascos miniatura y llevaban rifles más pequeños y delgados que mi dedo meñique. Había dos bandos, unos con uniforme azul y otros con uniforme verde oscuro. Todos corrían de un lado a otro para esconderse detrás de barricadas o de los árboles cuando ya no había lugar. Luego se quedaban muy quietos, como estatuas, preparándose para la batalla. De cada lado un hombre con muchas insignias en su uniforme daba órdenes a los demás; debían de estar gritando para que sus voces llegaran a toda la tropa pero yo no escuchaba nada, en vez de eso a veces oía los gritos de mamá o papá. El campo estaba nevado, eso dificultaba que los soldados se movieran con rapidez, y de tanto esperar a que iniciara el fuego a algunos se les congelaban los pies y se quedaban tirados, sin moverse, muriéndose poco a poco, hasta que aparecía un soldado nuevo para suplir al otro y el que se murió iba desapareciendo lentamente en la nieve sin que a nadie le importara.

En medio de ellos parecía haber chatarra: aviones inservibles, tanques destartados, y todo lo que iba quedando de enfrentamientos pasados. Cada vez que terminaba una batalla apilaban a los muertos de los dos bandos en el centro y los quemaban, luego los demás volvían a ocultarse; pero eso nunca lo vi, así lo imaginaba yo al ver esa gran mancha roja en el centro de la pintura. Una vez le pregunté a papá por qué había sangre y rio como si yo hubiera contado un chiste; dijo que no era sangre sino pintura, y no significaba nada, sólo un capricho artístico.

Los soldados no dejaban de aparecer, se apretaban unos contra otros, apenas tenían espacio para mover los brazos y accionar el rifle, pero eso no era obstáculo para que los jefes se pasearan de un lado a otro y siguieran dando órdenes de que llegaran más. En algunos lugares del cuadro, muy pocos, en vez de soldados había manchas amarillas y cafés, como si ahí fuera a brotar otra vez un pino o un arbusto y sólo hiciera falta un poco de tranquilidad y menos pisadas maltratando la tierra.

De pronto apareció un avión sobrevolando el área de guerra; estaba muy mal construido, las líneas que lo dibujaban se volvían blandas, se iban quebrando, caían encima de los soldados amontonados en el campo y pum, un estruendo y un grito agudo que hizo que todo se desvaneciera. Sentí como si despertara de un sueño y el grito me atravesara; era de mamá, decía no vuelvas cuando papá azotó la puerta de la casa.

Papá volvía aunque mamá le dijera mil veces que se fuera. Siempre regresaba y mamá lo recibía llorosa. Durante algunos días todo iba normal, cómete los chícharos, lávate los dientes, haz la tarea, y el día menos pensado, ve a la sala. En cuanto me sentaba frente a la pintura los soldaditos aparecían; marchaban con devoción hacia la muerte pero nunca sabían qué hacer mientras tanto y no pasaba nada. Se quedaban rígidos, no les importaba el frío, y llegaban más y más hasta que el cuadro daba la impresión de que no podía contener a tantos. Yo los veía fijamente, esperando algún movimiento, pero la tela permanecía inmóvil y estancada con las manchas de soldados que a veces tomaban forma de triángulo o círculo. La guerra se convertía en una gran confusión de cascos y rifles y órdenes. Tal vez aquello era la paz. Tal vez la paz era tener un rifle en la espalda por si acaso. De tanto verlos sin hacer nada me daba sueño pero luego salían papá y mamá un poco incómodos y me decían que me llevarían a comer nieve. Cuando volvíamos el cuadro era tan feo como decía mamá.

Una tarde que estábamos en el comedor y nadie hablaba porque cuando comíamos no se permitía hablar, mamá contó que su amiga Luisa se rio mucho "del famoso cuadro". Así lo dijo, viendo a papá y recalando las palabras de una manera burlona, como lo hacíamos en la escuela cuando nos íbamos a agarrar a golpes con alguien que nos caía mal. Yo no quería que siguiera hablando porque la cara de papá se puso roja, pero mamá todavía dijo que tuvo que inventar que nos lo regaló abuelita para que Luisa no nos creyera unos cavernícolas. Papá no contestó nada, se levantó y se fue a encerrar en su estudio. Mamá también se levantó y me dejó solo en la mesa, ni siquiera me dijo termínate la sopa.

A veces me acercaba a la sala de puntitas para espiar la pintura y ver lo que pasaba cuando nadie la miraba, pero si se le veía así no sucedía nada. No era la manera adecuada de verla, ni el momento. Tampoco cuando había visitas y ni siquiera cuando otro niño la observaba. Marcos, mi primo, vino un día y le dije que quería mostrarle algo asombroso. Lo llevé a la sala; luego le pedí

que no le quitara la vista de encima ni un instante. Por más que le insistí dijo que no vio nada, ni un casco, ni la punta de una bayoneta. Cómo quieres que vea esas cosas, dijo, si ahí nada más hay manchones y líneas. Y me di cuenta de que aquello sólo sucedía cuando mis papás se metían a discutir en su cuarto. También descubrí que no importaba si los soldados buscaban desesperados un lugar donde resguardarse, en cuanto llegaban por mí a la sala todo desaparecía y tomaba su forma verdadera y mamá podía ver la pintura con la mueca de desprecio de siempre.

No entendía el odio de mamá. A las cosas feas no se les odia tanto. Una vez le escuché decir que si una mujer tenía un hijo muy feo o muy enfermo lo debía querer más para protegerlo. Yo sé que ella no pintó el cuadro y no podía sentir afecto por él, pero sí hubiera podido tenerle un poco de compasión por estar tan feo en nuestra sala bonita, y aunque no lo sabía, por estar lleno de soldaditos ocultos que se morían de miedo por la próxima batalla. Y por mí también, porque veía con el corazón oprimido cómo se preparaban, sabiendo que cuando se desatara la guerra nadie quedaría a salvo de nadie y yo tendría que ver cómo se mataban.

Un día en que mamá se asomaba por encima de mi hombro para revisar que estuvieran bien las sumas, le pregunté que si por qué odiaba el cuadro. Se rio, me quitó el lápiz de la mano y empezó a borrar unos números y a corregirlos; yo creo que pensaba qué decirme. Terminó y dijo, así es como debe ser. Tu padre es un egoísta. Esa noche cuando papá volvió de su trabajo, mamá lo buscó en su estudio para reclamarle algo. Alcancé a oír, tu hijo anda diciendo que; después oí que cerró la puerta y de nuevo me dejaron solo con la pintura. Al otro día me castigaron, no dijeron por qué, pero creo que por meterme en sus asuntos.

Lo que sucedía en la tela no variaba. Papá y mamá peleaban todos los días y en cuanto me mandaban a la sala los soldaditos salían y tomaban sus posiciones; eso era todo, se preparaban para la guerra sin que la guerra llegara. Ya no los veía con interés, me aburrían, no quería que siguieran ahí. Me acostaba en el sillón con los ojos cerrados y después regresaba a mi cuarto cuando mamá decía que era hora de dormir. En la escuela alguien mencionó la palabra divorcio y yo esperaba que papá y mamá la usaran pronto para que se acabaran los gritos y las estancias en la sala.

En la biblioteca conseguí un libro con pinturas de distintas épocas. Cada una de las imágenes las observé detenidamente para encontrar alguna que fuera como la que papá trajo. Cuando me iba a la sala llevaba el libro conmigo deseando que en ese preciso instante una imagen empezara a vivir en la hoja. Había una que era un bosque muy verde con dos casitas de madera y una montaña nevada. Me habría gustado que alguien se asomara a la ventana de una cabaña y me saludara para no pensar en el otro cuadro y su procesión de soldaditos casi muertos. También me gustaba otra con un río y barcas navegando tranquilamente en él. Y una con una noche muy oscura y las estrellas reventando en el cielo. Algunas eran pinturas de batallas. En una había gente tirada en el suelo y soldados a caballo que pisoteaban los cadáveres pero aquello era diferente, estaba estático y no dolía verlo. En cambio sólo tenía que levantar la vista para mirar cómo los muñequitos corrían atemorizados.

En todo el tiempo que tuve el libro no encontré una pintura que fuera como la de papá. Me habría gustado preguntarle dónde la consiguió, a quién se la compró, qué significaba, pero nunca me atreví; era un tema, no entendía bien por qué, que no debía hablarse. Tampoco me atreví a decirle lo que veía. Un compañero me contó que en el tiempo en que pensaba que su papá era su

amigo, le confió que en la casa vivía un niño fantasma que se llamaba Luis. Su papá le dijo que ésas eran cosas de locos y le prohibió volver a hablar del fantasma si no quería que lo mandaran a un internado. Todo eso fue muy injusto porque el fantasma sí existía, yo lo vi dos veces y hasta hablé con él. Estoy seguro que si le hubiera contado a papá lo de la pintura tampoco entendería y me habría castigado para siempre.

Papá y mamá entraron una noche en su cuarto para discutir y yo me fui hacia la sala para que no me regañaran si no me veían ahí. Me acosté, como otras veces, en el sillón y cerré los ojos. Al rato escuché que alguien abría una puerta y corría. Era mamá que venía como loca hacia la sala. La vi llegar, papá acongojado detrás de ella, y subirse en un sillón para descolgar el cuadro. Lo tiró al suelo, a los pies de papá, y dijo, sabía que esa zorra tenía algo que ver. Ninguno de los dos me veía. Papá lo levantó y le pasó una mano encima para limpiarlo; eso enojó más a mamá, y se abalanzó encima de él pero logró protegerse. Como si se acordara de mí, papá volteó hacia el lugar que siempre ocupaba en el sillón y me dijo sin sentirse culpable de que yo los estuviera viendo pelear, cuida el cuadro; luego agarró a mamá del brazo y se la llevó a la fuerza otra vez al cuarto.

Los gritos que me llegaban parecían los de dos animales. Yo me volví a sentar en el sillón sosteniendo la pintura frente a mí, no era muy grande, como si fuera un libro. No me dolía ya pensar en papá y mamá llenos de furia, para mí ése era el paso natural hacia el divorcio. Así me lo explicó Juan en la escuela: los padres primero deben gritar mucho y a veces golpearse y quebrar cosas; a ti también pueden quebrarte, así, hizo un movimiento con las dos manos como si rompiera una ramita, y me dio lástima porque nunca antes conocí a un niño que sufriera como él, y también sentí lástima por mí porque estaba a punto de ser como él. Después, dijo Juan, te quedas con tu mamá y tu papá se va a un hotel o con su amante. La amante es la señora que tu papá quiere más porque es mejor que tu mamá. Luego tu papá va a visitarte algunas veces, te lleva regalos, te saca al parque o a comer nieve y a veces te dice que te quiere pero luego se despide porque ve el reloj y dice que es tarde y que ya será hasta la otra.

Mientras escuchaba los gritos, los soldaditos salieron de nuevo. Cada uno tomó la posición ordenada por su respectivo jefe y luego se quedó inmóvil como de costumbre. Al final las figuras originales de la pintura desaparecieron detrás de manchas verde oscuro y azules. Esa vez, no sabía por qué, era algo que se intuía, la guerra ya estaba en marcha; no podía detenerse. Los soldados recibieron de pronto la orden de preparar sus armas. Una voz se extendió por el paisaje nevado: apunten y fuego. Y empezó ante mis ojos. Las balas silbaban por todos lados, algunos soldados caían, otros pasaban por encima de los cadáveres, peleando y tratando de defenderse de la guerra. Aparecieron aviones lanzando bombas, se abrieron cráteres en el suelo, había brazos y piernas en todos lados, y también gritos, como los de papá y mamá, bocas que se abrían aullando, ojos que miraban como perro y dedos que jalaban sin misericordia los gatillos de las armas. Los soldados disminuían y ya no había más para suplir a los muertos. Después de un tiempo apareció el triángulo y la curva con forma de cortada que mamá odiaba. La nieve caía encima de los cadáveres y ocultaba el desastre. Maten, maten, parecía decir uno de los jefes hasta que una bala venida de lejos le voló la cabeza. No iba a ganar nadie. Esa batalla estaba perdida desde el principio porque tenía lugar en un cuadro que no trataba de la guerra sino de las fealdades abstractas, la palabra me la enseñó papá, que brotaban cada vez que una masa de soldados era eliminada.

Los últimos soldados cayeron y todo terminó. Quedaron las figuras que madre aborrecía y la paz. El silencio atorado en la garganta de cada hombre muerto. Máquinas de guerra convertidas en esqueletos metálicos. Árboles caídos, miembros amputados sembrados en la nieve, objetos irreconocibles. Me sentía triste observando el desastre cuando entre los gritos de mis padres alcancé a entender algo: estoy embarazada. Lo dijo con odio, queriendo encajarle las palabras a papá para que le dolieran; entonces se hizo el silencio también en su habitación. Me los imaginé a ambos arrinconados como arañas en dos esquinas del cuarto, viéndose amenazadoramente, sin saber si abrazarse o golpearse. Y empecé a sentir pena y miedo por el niño que mamá llevaba dentro de ella. El niño que como yo conocería las largas horas de espera en una sala donde un cuadro se llenaba de vida y después de muerte. O las comidas silenciosas en las que estaría temblando, igual que yo, porque no pronunciaran alguna palabra que convirtiera en papel el sabor de la sopa. Tenía que advertirles. Corrí hacia su cuarto y toqué la puerta. Me abrió papá sorprendido y yo entré sin importarme que no se me permitiera. Adentro estaba mamá, sentada en la cama, muy triste. Dije, quiero hablarles de la pintura. Los dos me miraron desconcertados pero no dejé que me interrumpieran. Me paré frente a ellos y les conté: detrás de los triángulos y círculos han estado saliendo soldaditos con una pistola colgada en la espalda. Cada uno de los días en que me mandaron a la sala aparecían y se quedaban inmóviles, hasta ahora que los vi matarse a todos. Los cuerpos están tirados en la nieve, llenos de agujeros y sangre. Vamos a la sala para que los vean. Todos murieron y yo vi cómo se hundían las balas en las cabezas, los brazos, las piernas. Nadie se salvó y ustedes también tienen que ver los cuerpos destrozados. Observé las caras sorprendidas de padre y madre. No se daban cuenta de la importancia de lo que les revelaba. Papá no me dejó continuar, me agarró de un brazo y me echó del cuarto.

Me quedé parado afuera de la habitación, con ganas de llorar pero no lloré. Esperé un momento con la esperanza de que recapacitaran, pero luego volvieron los gritos y la voz de papá diciendo ese niño estúpido y el otro que llevas dentro lo vas a abortar si no es mío. Las voces de los dos se mezclaban: no puedes echarlo a la basura, mañana mismo me voy de la casa, nunca vas a volver a ver a Federico, ya sabía que tu viaje a Italia era un pretexto. Se escuchó el ruido de algo que se quebró contra la pared.

No había remedio. Fui a la cocina y tomé el cuchillo prohibido por mamá. Me encaminé a la sala y me senté frente a la pintura. A nosotros nos tocaban los escombros, pero no lloré. Como si una luz estallara de pronto en mi cabeza, comprendí por qué en medio de ella estaba la gran mancha de color rojo brillante amenazándolo todo.

Galatea

Oyes ruido afuera, vendrán en cualquier momento, Galatea, a matarte y dejarte tirada encima de la cama, tal vez desangrándote, y no les va a importar si les pides ayuda, para ellos eres una traidora y hay que sacrificarte, no importa cuándo pero lo harán, no pienses que van a perdonarte, y si no te matan esta vez será otra, no se les va a olvidar nunca lo que hiciste, no te confíes, Galatea, no debiste ir con la policía a denunciarlos, pensabas que les harías un bien, y es cierto, sin embargo es el tipo de bien que no se agradece, que se cobra, con sangre, con tu sangre, porque la traición cualquiera que sea es imperdonable, por eso ellos vienen a buscarte, de noche, cuando los gritos suenan sofocados, cada uno con su navaja, con las navajas que tú tantas veces afilaste sin saber que también las afilabas para ti, para que cortaran mejor tus entrañas, luego las limpiarán en esos pañuelos blancos que tú misma les planchaste y que nunca te dejaron lavar, ahora sabes que había sangre que debía ocultársete a ti para que no sucediera lo que sucede ahora, los pañuelos se teñirán con tu sangre y después los lavarán para quitarles esa mancha roja que podría pertenecer a cualquiera pero es tuya, así se cobra la traición, con asco, con desprecio, lo que no sabes es que esta vez no llevarán las navajas sino dos pistolas que tú nunca viste, con seis balas cada una, para usarlas todas, doce balas incrustadas en tu cuerpo, y tal vez después vuelvan a cargarlas con otras seis cada una, y de nuevo las descargarán sobre ti, jalando fascinados el gatillo por el miedo que produce la profanación de cualquier cosa, en este caso tu profanación, Galatea, el hecho de que vayan a destrozar tu cuerpo y que sean precisamente ellos los que lo hagan, no podrían enviar a otros a matarte porque a pesar de lo monstruoso del hecho es un asunto que requiere intimidad, tú ya lo sabes y los esperas nada más a ellos, no tocarán la puerta, entrarán sin problemas, conocen bien la casa, no necesitarán mucho tiempo para encontrarte, estarás en tu habitación, sin aliento, sin querer creerlo, nadie dirá nada, se hará todo en silencio, actuarán como desconocidos, no te pedirán explicaciones, tal vez entre ellos, cuando eso haya pasado, reconozcan que fue un descuido que los hayas descubierto, debieron de haberte protegido para que no conocieras su secreto, pero ya no será tiempo para lamentarse porque era necesario matarte, se repetirán que la traición se paga con sangre, aunque esa sangre haya tenido que ser la tuya, y te extrañarán después porque tú les preparabas la comida, les lavabas la ropa, limpiabas la casa, y ya no habrá quién lo haga, es claro que después te sustituirán, pero a nadie le tendrán la confianza que a ti, tú sí podías andar por la casa con familiaridad y entrar en todas las habitaciones, a nadie más le dejarán hacer lo mismo, menos ahora que deben ser más cuidadosos como debieron serlo contigo, hablarán de la pobre Galatea por un tiempo, te extrañarán sin remedio, tampoco sin arrepentirse de haberte matado, dirán este guiso le salía muy bien o sabía planchar las camisas de maravilla, a eso se concretará tu recuerdo, pero nada de llorarte o ir a pedir disculpas a tu tumba, para ellos tú merecías morir y ellos saben hacer ese tipo de cosas sin tentarse el corazón, desde hace mucho, años, años sin sospecharlo, creyendo que eran contadores y todos los días iban a la oficina a hacer números y que por la noche salían a tomar unas copas o a jugar cartas, años siendo una tonta, Galatea, nunca te hubieras imaginado que cada noche robaban o golpeaban o mataban o amenazaban, nunca hasta ese día en que los escuchaste hablando de su próximo robo sin que ellos supieran que estabas en la casa, te quedaste oculta en la habitación y saliste de ella cuando se fueron, te pusiste como loca,

no querías creerlo, te pasó por la mente el trabajo de contadores, sus maletines, los papeles amontonados en el escritorio, después de pensarlo no te quedó más remedio que ir a la policía y contarles lo que escuchaste, te enteraste de que los buscaban hace tiempo, te miraron incrédulos cuando supieron quién eras, de seguro sospechaban que tú eras parte de una trampa hasta que se dieron cuenta que no, que tus intenciones eran buenas y dolorosas, dijeron algo de una recompensa pero no quisiste escucharlos, te levantaste de la silla y quisiste salir de ahí, uno de los policías dijo que mandarían agentes para protegerte, no aceptaste, ellos no se atreverían a hacerte nada, aunque bien sabías que sí, y el policía no volvió a insistir, no te gustó como te vieron, con sus miradas arrastrándose por ti, te preocupaba que estuvieran juzgándote, tú, precisamente tú, ahí, diciendo que descubriste que aquellos dos hombres tan cercanos a ti eran unos criminales, un oficial curioso, el que te tomaba la declaración, preguntó que si por qué los delatabas, te dio coraje la pregunta pero vergüenza también, porque parecía que hasta ellos percibían una oscura abominación, no eras la primera que lo hacía, aun así ahí estaba el asomo de sacrilegio, al igual que ellos lo percibías, les pediste que no les hicieran daño cuando los arrestaran y te vieron con una mirada irónica, y tú qué, con lo tuyo ya era suficiente, aseguraron que no, la ley no trabajaba así, llenaron hojas, más preguntas, más miradas torcidas, te pidieron la firma y después dijeron que podías irte hasta que volvieran a llamarte, tendrías que ser testigo en el juicio, asentiste, saliste del lugar para que no siguieran hablando, podrías haber ido a cualquier otro lugar menos a tu casa, no sabías cuándo se enterarían de lo que hiciste, pronto, esas cosas se sabían rápido entre gente como ellos, por eso no te quedaba ir a otro lugar que no fuera tu casa, a esperarlos, como una muestra de respeto, habías cometido un crimen contra el crimen de los dos, lo adecuado era esperarlos, resolver las cosas entre todos, resolverlas era la manera diplomática para no decir que iban a terminar muy mal, los conocías, cuando les servías el desayuno no te perdonaban que los huevos estuvieran demasiado fritos, el pan muy blando, el café aguado, se enfurecían por esas cosas, alguna vez te agarraron de la muñeca y la mantuvieron apretada mientras te reclamaban algo, te compensaban también esos moretones, te llevaban flores, te invitaban a salir con ellos a cenar.

Ahora ya no podrán compensarte de sus pisadas silenciosas, siempre fueron silenciosas debió ser la costumbre, tampoco de sus sacos negros, sus manos enguantadas, de lo humillante que va a ser que no te hablen y te traten como a un estorbo, de que traigan en sus bolsillos las navajas, no te imaginas que son pistolas, tú querrás poder decirles algo, no perdón, pero algo que alivie eso que es traición y no, algo que vuelva a traer por un momento la armonía entre los tres, como cuando cocinabas bien los huevos y hacías bien el café y ellos comían con apetito, sin decir gracias, pero regalándote una mirada de agradecimiento, vas a desear que todo termine así, con la cordialidad de siempre establecida, si ellos te dijeran tenemos que matarte porque nos traicionaste tú a quién tanto queríamos, entonces podrías resistir ver sus rostros duros, sus manos entrando en los bolsillos, y lo que pasara después, te duele que no vaya a ser así, oyes ruidos, pueden ser los gatos o el viento o ellos, no te mueves, no te vas a esconder aunque sientes el instinto de hacerlo, te encontrarían y además no vale la pena complicar las cosas, que te hallen sentada en la cama para que sepan que aceptas las consecuencias de tus actos.

Sólo que no los conmoverás, Galatea, aunque te vean como un cordero dispuesto a ir al matadero sacarán sus pistolas, jalarán del gatillo de igual forma que si te hubieras escondido o

tratado de huir, y acabarán contigo ahora que eres un problema y no un ser querido, tal vez pase por tus ojos la infancia, cuando ellos jugaban contigo y te dejaban ganar porque eras la más chica o cuando te hacían llorar y se reían de ti pero al final te daban un dulce o un beso para que los perdonaras, esta vez no, tampoco pasará por sus ojos ninguna imagen, nada los ligará a ti, no vayas a creer que en el último instante van a abrazarte arrepentidos, eso menos que nada, Galatea, no tardan, se dirigen a tu casa, te concentras en ese momento, deben de estar en camino, sintiendo las pistolas que no conoces en el bolsillo, pensando en otras cosas, no en ti, harán todo mecánicamente como lo han hecho otras veces con otros, en ese momento será como si no supieran quién eres, como si tu rostro se hubiese vaciado, empuñarán la pistola como también lo han hecho tantas veces y de pronto el primer disparo, lento, recorriendo el aire, siguiendo tu trayectoria, enterrándose en tu brazo izquierdo, arrugarás el rostro por el dolor que acabas de recibir, no querrás ver sus caras, mirarás a cualquier lugar de la pared, que hagan lo que quieran pero sin tener que verlos y sin saber a dónde ven ellos, luego vendrán las demás balas, rápidas, no podrás contarlas, todas dentro de tu cuerpo para desgarrar lo que encuentren a su paso, algunas ya no las sentirás, después unos segundos de silencio, un sonido seco, y más disparos, escucharás las detonaciones como si vinieran desde lejos, hace tiempo habrás caído sin fuerza en la cama y cerrado los ojos, todavía no te matarán, estarán sacrificándote en un ritual lento, sentirás la sangre que resbala, te dolerá el cuerpo, tu conciencia girará en todas direcciones tratando de distraerte de la muerte, ojalá lloraran, ¿verdad, Galatea?, mientras jalan el gatillo, que se les escurrieran las lágrimas aunque fuera disimuladamente, para que tú supieras que no eres cualquier cosa, no les costaría nada ahora que te tienen a su merced, pero no lo harán, los conoces, ellos no saben perdonar, te volverás a acordar del café, del pan, no ceden, atacan, cobran, no se equivocan nunca, no derraman lágrimas, son monstruos de piedra, no van a llorar por ti, ni siquiera lo pienses, un último recuerdo te quedará emboscado en la mente, los verás matando a aquél gato negro, cuando los descubres te dicen que si hablas te matarán como a ese animal, no te hicieron nada esa vez, ahora sí, su promesa sangrienta de la infancia te alcanzará, serás como el gato que no tenía escapatoria, e irás muriéndote sintiendo que eres él, un dolor tal vez similar debió de haber sentido cuando lo abrían con la navaja, un miedo similar, ahora será tu turno, prepararán la última descarga, la peor, sin pensarlo te llenarán de balas por todos lados, principalmente en la cabeza, serán brutales, la primera bala que entre en ella te matará pero no van a detener los disparos a los ojos, la boca, el cráneo, tu carne volará en pedazos, te desfigurarán, te dejarán encima de la cama, no se acercarán a ti, estarás muerta pero seguirán con sus rostros duros, sus miradas de toro, sus movimientos severos, y se irán después de haberse guardado las pistolas, tal vez a comprar dos boletos de avión, y tú te quedarás sola, irreconocible, hecha pedazos, de nuevo castigada por tus hermanos, como otras tantas veces, por algo que no debiste hacer, Galatea.

Hijo pródigo

Mandó una carta avisando de su visita. Tan fácil. "Llegamos el viernes de esta semana". La carta era escueta; parecía, sin serlo, un telegrama. Se despedía afectuosamente. La impresión hizo sentir mareada a Madre pero cuando reaccionó le brillaban los ojos y dijo que estaba feliz. Padre se sirvió una copa de ron y se la bebió de un trago; también dijo que se sentía feliz. Yo no dije nada y tampoco nadie pidió mi opinión; los dejé solos para que celebraran y subí a mi cuarto a llorar como una tonta. Ya no volví a bajar hasta la hora de la cena. En cuanto me senté a la mesa Madre dijo: está mal lo que has hecho, está mal que no te hayas alegrado como nosotros. Tu hermano merece respeto y perdón. Está muy mal, Matilde. Dilo, repite que está mal. No alcé los ojos del plato de sopa: está mal. Comí en silencio, oyéndolos hablar entusiasmados de la llegada del hijo; se referían a él como si hubiera estado perdido en una selva o si hubiera sido raptado, no como lo que sucedió en realidad, que huyó hace mucho tiempo, con todas sus pertenencias dentro de una maleta, así como hacen los ladrones, escondidos en la noche, metiéndose en los callejones para alejarse del lugar del delito.

Los preparativos para recibirlo empezaron al otro día. Madre se encargó de arreglar personalmente y con mucho esmero el cuarto donde dormiría él con su familia, aunque nadie sabía si el plural que usó en la carta correspondía a su familia, que sabíamos que sí tenía, o a otras personas. Padre desempolvó su colección de monedas para mostrarle cuánto aumentó desde el tiempo en que se fue y para que admirara los ejemplares nuevos que consiguió con tanto esfuerzo. Voy a regalarle éstas, dijo Padre, de seguro le van a gustar. Cuando las traje por primera vez y se las enseñé se le fueron los ojos en ellas. Ya soy viejo, a mí no me sirven. Madre se puso muy contenta cuando supo que Padre le iba a regalar las monedas y decidió que ella también debía obsequiarle algo especial. Sacó de debajo de la cama la medalla del delfín que su bisabuela le heredó dispuesta a dársela al Hermano Menor. Era para no creerse, el gran tesoro de Madre en las manos sucias del hermano.

Recibimos la carta un lunes. Durante los cuatro días siguientes nos dedicamos a limpiar, lavar, pulir, restregar, acomodar y perfumar. Todo debía quedar perfecto, eso fue lo que dijo Madre constantemente. Padre propuso que prepararan un buen banquete para darle la bienvenida. Los dos estaban felices haciendo planes, no querían recordar el pasado, aquello que sucedió veinte años atrás y los destrozó; parecía que sólo yo conservara el recuerdo y nada más a mí me quemara.

Madre sacó los jarrones grandes y los llenó con flores de su jardín. Todos los días, hasta el viernes, cambió las flores. Su jardín era tan hermoso que le sugerí que no siguiera cortándolas para que no quedara desolado; podría comprarlas en una florería. No me gustó como me miró cuando dijo es tu hermano quien viene. Hubiera querido contestarle que sabía perfectamente quién venía, el hermano traidor, el hermano criminal, pero no dije nada para no empañar la felicidad ciega de Madre. Siguió cortando las flores más bonitas, las más frescas: Matilde, por Dios, es justo, tu hermano debe encontrar la casa bien arreglada. Tú no sabes lo que es perdonar, siempre has sido rencorosa; no aprendiste a perdonar a pesar de que desde niña te inculcamos el amor por la religión. Al Hermano Menor también se la inculcaron y no por eso dejó de. No pude terminar de hablar. El sonido de la bofetada. Las lágrimas de Madre, el escándalo y la presencia nerviosa de Padre. El

peso de la culpa en mí. No molestes a tu madre, Matilde. Pero también la súplica: por favor, Matilde, comprende. A pesar de todo Padre me entendía y creo que siempre le dolió la fe ciega que tenía que seguir dispensándole al hermano, y lo hacía porque un hijo es un hijo y las leyes de la sangre y el amor son indestructibles. Un hijo nunca se olvida. Un hijo siempre se recibe. Los golpes del hijo siempre se perdonan. Y Padre estaba atado a esas leyes.

Las noches antes de su llegada no pude dormir. Recordaba lo que pasó veinte años atrás, lo revivía, me martillaba la cabeza. A diferencia de Padre y Madre no pude perdonarlo y no quería que regresara porque una vez junto a nosotros nos volvería a atraer hacia él con ese poder magnético que poseía, y de nuevo, irremediablemente, nos golpearía con otra traición. Era la naturaleza del hermano. Una mentira y luego otra y otra sin poder detenerlas. Ya no eran las mentiras de la infancia, inofensivas: me comí todas las zanahorias, hice la tarea, me porté bien en la escuela. Esas mentiras que Padre y Madre podían sofocar con un castigo. Pero éstas otras nos derribaban, se llevaban al hermano lejos donde ya no era más el hermano sino un ladrón, un traidor. Al principio nadie quiso creer que el Hermano Menor anduviera metido en asuntos oscuros, ni yo. El niño que en su infancia le gustaba jugar a las canicas y que nunca mató un pájaro no podía andar en eso. No, no era posible; las manos en el fuego por el Hermano Menor. Después hubo que aceptarlo, se hizo evidente que el fuego nos quemaría.

Nunca estuvo la casa tan bonita. Además de los jarrones Madre sacó la vajilla nueva, los cubiertos de oro que le heredó la tía Lucrecia, compró sábanas nuevas para la cama del hermano, mandó a Padre a pintar el cuarto donde él se quedaría a dormir con su familia y, en un arranque de nerviosismo, tejió a toda prisa tres suetercitos, tres pares de calcetincitos y tres gorritos, por si acaso su hijo menor aparecía con bebés.

El miércoles llegó un telegrama, esa vez no fue una carta, en el que de nuevo avisaba de su próxima visita. "Cerciorarme. Voy viernes. Mandé carta. Espérenme". Madre saltó de alegría cuando lo leyó y a partir de ese momento se estuvo sacando alternadamente de la bolsa de su vestido la carta y el telegrama, para leerlos como si se tratara de una oración que debía repetir varias veces a lo largo de un día. Con la llegada del telegrama Madre intensificó el arreglo de la casa y a Padre se le ocurrió la idea que tanto la alegró a ella: ir a un rancho a comprar un borrego para ofrecerle un festín al Hermano Menor.

Dicen que los padres perdonan todo pero hay cosas imperdonables como la enfermedad de Madre cuando el Hermano Menor huyó de la casa. No se levantó de la cama en cinco meses. Hubo muchos estudios, muchos doctores y todo eso para que dijeran que Madre estaba enferma de los nervios y que no podían recetarle sino sedantes. Durante esos meses ella cayó en la locura, sólo así pudo compensar el que el hijo se hubiese marchado, y nosotros tuvimos que ayudarle a fingir que el Hermano Menor seguía entre nosotros. Hoy va a venir a visitarme, decía Madre. Hoy quedó de pasar en la tarde a tomarse un café conmigo. Inmediatamente le dábamos un sedante pero cuando a pesar de la pastilla recordaba la visita pendiente de su hijo, le decíamos que llamó explicando que tenía mucho trabajo y que pasaría por la casa en otra ocasión. Se le pintaba tina sonrisa seca en el rostro y decía: mi pobre hijo. Ésa fue la única manera de luchar contra la locura de Madre y de tratar de rescatarla inventando historias: el hermano salió de viaje, el hermano es un hombre muy ocupado. Hasta que poco a poco la trajimos de vuelta a la realidad en que el

hermano hizo sus maletas y se fue. Padre también se enfermó de tristeza, pero en silencio, sin quejarse nunca. Se le puso la mirada opaca y se quedaba quieto en un sillón, sin hacer nada, pensando o sin pensar, de cualquier manera las dos cosas eran terribles.

Fue como si el Hermano Menor hubiera plantado una bomba entre nosotros antes de irse. Yo pensé, por un tiempo, que él se arrepentiría y volvería a limpiar la mierda que dejó. Tenía la esperanza de que se presentara con flores y chocolates para Madre y puros para Padre y pidiera perdón, aunque el perdón era poco pero bastaba para aliviar a Madre. Y yo fui una ingenua al pensar que pudo haber sido así. Estaba claro que el Hermano Menor no volvería ni siquiera porque Madre encendiera velas a los santos o le pidiera a los amigos de él que si lo veían le dijeran que lo esperábamos en casa con los brazos abiertos.

La gente suele decir que en esta vida todo se paga pero no es cierto, alguna gente no paga por lo que hace, por lo menos el Hermano Menor no. Nunca le pudimos seguir la pista completamente, aún así tuvimos noticias dispersas de él y siempre fueron buenas. Conseguía magníficos empleos. Vivía bien. Se casó. Decían que conocía casi todo el mundo. Eso era muy agradable de oír para mis padres, para Madre era como una inyección de vitaminas. Cuando yo escuchaba eso pensaba en el Hermano Menor victorioso, saliéndole siempre todo bien hiciera lo que hiciera, no importaba si ayudaba a viejecitas a cruzar la calle o si se robaba un banco. No importaba si por poco mató a Madre de pena. El Hermano Menor tenía la gracia y condescendencia de los dioses y por eso mismo los dioses eran una mierda y no merecían las velas que Madre les encendía devotamente.

Veinte años era mucho tiempo. Toda una vida lejos de nosotros. Tal vez ni siquiera lo reconoceríamos físicamente cuando lo viéramos. Sería otra persona con el nombre del Hermano Menor y un parecido lejano a él, pero la misma esencia de veinte años antes, la misma mirada escrutadora, el olfato de perro, el poderoso imán en el centro de su pecho que atraería de nuevo a Padre y Madre a su lado. Me daba miedo verlo llegar con su familia. Su esposa, sus hijos, tal vez iguales a él. Los niños idénticos al padre, sin matar pájaros, diciendo por favor a todo pero llevando en la sangre su herencia, listos para atacar. Madre le diría orgullosa, son iguales a ti, y tal vez desde ese momento ya mataran pájaros, ya trajeran polvo de mariposas en los bolsillos, para qué esperar, de cualquier manera serían implacables como él.

Era jueves; estaba casi todo listo. Madre decidió que tenía que recibir a su hijo con un vestido nuevo y que Padre debía usar unos pantalones nuevos. Ese día salió a comprar ropa y volvió contenta, con muchas bolsas. A mí también me compró algo para que estrenara. Lo tomé por respeto pero no iba a ponérmelo; fui a mi cuarto y sin siquiera ver dentro, metí la bolsa debajo de la cama. Unas horas después Madre entró en mi habitación y preguntó con una sonrisa hermosa, años sin verla sonreír así, qué tal me quedó la ropa. Le dije que no iba a usarla. Me miró en silencio por un momento, y yo también vi en silencio cómo se le desvanecía la felicidad. Después volvió a sonreír y dijo, no me vas a quitar esta alegría tan grande, y salió de la habitación llevando la sonrisa un poco atornillada en los labios.

El cuarto que dejó vacío el hermano fue clausurado por Madre; sólo ella podía entrar, hacer el aseo, abrir las cortinas, quedarse un rato dentro. Él se llevó casi todo, dejó unos cuantos discos, un poco de ropa, recuerdos incompletos a los que Madre se aferró para por lo menos tenerlo de vuelta en sus pertenencias. Siempre salía de ahí contando algo del hijo perdido. A mí casi nunca me habló

de él, sabía que era inútil, que no lo extrañaba, y me amenazaba diciendo que en el infierno había un lugar para los rencorosos y me estaba ganando mi espacio. Una vez le contesté que no se puede ir dos veces al infierno. Padre llegó a tiempo para detener la mano que iba a estamparse en mi mejilla.

Nadie sabe que yo fui la única que lo vio irse. Llegó de madrugada y entró sigilosamente en la casa; una media hora después lo vi por la ventana de mi habitación salir con la maleta. Fui a su cuarto, encontré una carta encima de la cama, la leí y la rompí, de cualquier forma lo que decía en ella era una mentira. No le avisé a nadie; esperé a que al día siguiente se dieran cuenta. Madre entró al cuarto y salió gritando como loca cuando revisó los cajones; después se desmayó y la mantuvimos en cama por una semana. A los días se supo lo que el Hermano Menor hizo y no salimos, apenas para lo indispensable, para no sentir cómo nos señalaban.

El hijo se fue pero su sombra siempre estuvo entre nosotros. No faltaba el día en que Madre lo mencionara. Luego empezó a negar que fuera un desgraciado; cuando iba una amiga a visitarla le hablaba de él, le decía que lo confundieron con un delincuente y que la policía mandó una carta ofreciendo disculpas por el malentendido. En ese tiempo ya había salido de la locura, pero se apoyaba en esas mentiras, nunca supimos si para ella eran mentiras, porque necesitaba tener un consuelo, y la dejamos que siguiera con ellas porque sabíamos que Madre sufría y no bastaba un té de azahar para calmarle los nervios.

Ahora mismo no quiero hablar de la infamia del Hermano Menor, quiero rodearla, verla de lejos, que no me toque. Dicen que las personas acaban por pagar por lo que hacen y a veces resulta cierto, como conmigo, que pago por el rencor de veinte años de antigüedad hacia el Hermano Menor. A veces siento que me quedé con Padre y Madre para detener el empuje de su ausencia y que no los aplastara. Pero no fue así, o tal vez sólo al principio, cuando pensaba que mi presencia sería suficiente para alejar su nombre. Luego me di cuenta de que los dos buscaban mantenerlo cerca recordándolo: a él le gustaba esta comida, ése era su programa favorito, le gustaba sentarse en este sillón. Entonces supe que yo no era suficiente para detener su recuerdo que pasaba a través de mí y me anulaba. Comprendí que en realidad me quedé porque la desgracia era de nosotros. Un luto que sólo podíamos sobrellevar juntos. Una espera que nos correspondía a los tres, no importaba cuán larga fuera.

El viernes madrugaron para preparar la comida. Yo los escuchaba desde mi cuarto pero no fui a ayudarles hasta que Madre me llamó malhumorada por mi falta de emoción en un día tan importante. Cuando bajé había unas gotas de sangre en el piso de la cocina. Padre destazaba el animal con que celebrarían el regreso del hermano. Dije que me dolía la cabeza y Madre encendió el radio. Me miró y dijo, no hay manera de que me arruines este día. Salí a buscar un trapeador, limpié la sangre sin decir una palabra, volteé a verla y otra vez ahí la sonrisa un poco atornillada.

Desde las diez de la mañana todo estuvo listo, aunque no sabíamos a qué horas llegaría. Los invitados empezaron a aparecer a las dos. La casa estaba reluciente, incluyendo a Padre y a Madre; nada más faltaba el Hermano Menor que vendría a ocupar su lugar de antes y por algún tiempo volveríamos a estar completos, como la fotografía familiar que Madre ansiaba que fuéramos.

En el patio se pusieron tres mesas largas y en el centro de cada una de ellas un gran ramo de rosas blancas colocadas en un fino jarrón de porcelana. Una manta colgaba de un árbol, decía:

Bienvenido, hijo mío. Al rato Padre sacó el borrego y lo puso al fuego. La gente estaba animada, tomaba cerveza, conversaba de la insólita visita del Hermano Menor. Se oían comentarios de todo tipo y ya se sabía que los que hablaban en voz baja y se encogían un poco como para esconder algo recordaban lo peor del hermano. Sus amigos parecían ser los más incrédulos. Alcancé a oír a uno que decía, está por verse si viene. Mi pobre Madre andaba entre los invitados mostrando la carta, el telegrama, como queriendo dejar constancia de que esa vez no estaba loca; y todos la felicitaban, la abrazaban, se sentían contentos por su felicidad, que también inspiraba miedo porque qué tal si el Hermano Menor no aparecía.

Entonces empezó a correr el tiempo peligrosamente. Las cuatro. Las seis. Algunos, los más viejos, se fueron, pero todos intentaban resistir. Padre propuso que se sirviera la comida; le daba vergüenza tener el borrego ahí, y Madre dijo que no, que había que esperar al hijo. Se llegaron las diez. Nadie quería decir que el Hermano Menor ya no iba a llegar. La música tuvo que apagarse. Madre se sentó en un rincón, con la carta y el telegrama estrujados en la mano y la mirada perdida. Su cara volvió otra vez a ser la misma de antes, las arrugas hundidas en la piel, los ojos marchitos, su cuerpo endeble resquebrajándose por dentro. Le llevamos té y pastillas y tomó todo sin protestar. Padre empezó a servir la carne pero nadie quiso comer. Los invitados desde hacía horas habían dejado de beber cerveza y de reír y estaban sentados en las mesas, muy serios, muy apenados, como si se encontraran en un funeral.

Fue una lástima ver a Madre tan arreglada y a Padre con sus pantalones planchados con tanto esmero. Una lástima la casa tan pulcra y la comida tan abundante. Una lástima el perdón anticipado hacia el Hermano Menor. No sabemos por qué no llegó nunca. Las horas pasaban y él no aparecía; hubo que llamar de emergencia al doctor para que atendiera a Madre. También hubo que despedir, con mucha vergüenza, a los invitados.

A partir de ese día nunca más mandó otra carta, pero no pudo ser de otra manera, teníamos que recibir otro golpe de su parte, otra traición, la marca de su presencia entre nosotros.

Yo estuve hasta la madrugada asomada a la ventana, recordando la vieja escena de despedida: el portón abriéndose, el hermano cargando con su maleta y de pronto volteando hacia la casa con un gesto de nostalgia. Me vio pero no trató de volver para dar una explicación. Antes de salir de la casa alzó un brazo y me dijo adiós. Sé que alcanzó a ver mis dedos que le hacían un ademán obscuro para contestar su despedida.

Cenizas

Cuando llegué por primera vez a casa de tía Marina me trató con fría amabilidad. Dijo éste es tu cuarto, aquí está el baño, en estos cajones puedes meter tu ropa. En los próximos días no supe qué hacer y me senté en la cama, viendo hacia la pared. Tía Marina entró una tarde sin tocar la puerta y me dijo que era un niño perezoso y que me buscara un pasatiempo. Me tomó de un brazo y dijo, ve y busca algo en qué ocuparte. Entré en la biblioteca pero los libros no me gustaban; de todas formas me quedé ahí, sólo para que tía Marina pensara que hacía algo, y me senté en una silla, viendo la pared, así como cuando estaba en mi cuarto.

Todas las tardes iba a la biblioteca y no salía de ahí hasta la hora de cenar. Tía Marina, ahora me doy cuenta, era una mujer práctica, por eso una vez me dijo que no quería que pasara tanto tiempo leyendo. Te puede afectar la cabeza, dijo, además tienes que hacer amigos, por eso te inscribí en un curso de astronomía básica, ¿qué te parece? Contesté que me parecía bien, aunque las estrellas estaban muy lejos.

Fue así que empecé a ir todos los días de cuatro a seis al observatorio donde un señor que se presentó como astrónomo nos hablaba de galaxias, cometas, estrellas fugaces y explosiones gigantes a millones de kilómetros de nuestro planeta. A veces, muy pocas, veíamos por el telescopio alguna que otra estrella mal enfocada, y el astrónomo nos decía ésa es Venus o aquella Andrómeda. Todos los niños se peleaban por ser los primeros en observar por el lente, pero yo no, me formaba hasta el final y a veces tenía la suerte de que se nos terminara el tiempo y no llegara mi turno.

El curso duró un mes y el astrónomo nos dijo en la última clase que habíamos sido muy afortunados de poder echarle una mirada al universo. La verdad fue que no estuvimos ni siquiera cerca de ver el universo como es en realidad, pues el telescopio que se usaba para la clase era viejo y defectuoso. Alguna vez el astrónomo nos contó que había otro más grande y potente pero ése lo utilizaban para investigaciones serias, y por eso fue que muchos se quedaron con la idea de que las estrellas eran unos puntitos luminosos instalados en el cielo para adornarlo.

Al final del curso se organizó una ceremonia donde nos entregaron un diploma en el que se nos llamaba pequeños astrónomos. Yo fui el pequeño astrónomo Juan Medina. Tía Marina, no sé por qué, se sentía muy orgullosa de mí; hasta me felicitó y me dio un abrazo. Cuando iba a concluir la reunión, el astrónomo preguntó que si alguno de los que tomaron el curso deseaba decir unas palabras. Nadie levantó la mano, pero tía Marina me señaló y dijo él quiere. Tuve que subir al estrado, dar las buenas tardes, y decir la verdad, que me hubiera gustado ver las estrellas con el telescopio grande, el bueno, el que funcionaba. Cuando el astrónomo tomó el micrófono se notaba incómodo y dio apresurado las gracias: felicitaciones y que les vaya bien en el futuro. Me clavó la mirada un instante. Tía Marina dijo que estaba abochornada y me llamó impropio, majadero, malagradecido, y cuando llegamos a la casa me mandó a mi cuarto; entonces me senté en la cama y me quedé viendo la pared, lo cual era cien veces mejor que ver las estrellas.

A partir de ese momento tía Marina dejó de preocuparse por mí, aunque nunca le preocupé y menos como un hijo, quiero decir que ya no le interesó mi vida, lo que hiciera con ella o lo que

quisiera hacer. Por costumbre seguí metiéndome en la biblioteca por las tardes hasta que me di cuenta que daba lo mismo si iba o no y en adelante no salí de mi cuarto.

El último esfuerzo que hizo por mí tía Marina, y seguro que no por mí sino por la memoria de mamá, fue cuando llegó con un gatito blanco, casi recién nacido. Dijo que todo niño necesita una mascota, una responsabilidad. Le di las gracias y me puse al gatito encima de mis piernas. Me caía bien aunque era muy inquieto y lloraba por las noches. Lo dejaba andar por el cuarto y hacer lo que quisiera. A mí me gustó que no me molestara, que se la pasara bien sin mí, que cuando me sentaba en la cama para ver la pared y se acercaba a sobarse contra mi pierna entendiera que no iba a acariciarlo ni a jugar con él. Luego empezó a crecer y tía Marina se mostró un poco orgullosa, sólo un poco, porque seguramente siempre esperó encontrarse al gato muerto en algún rincón de la casa.

En la escuela me fue bien. No fui un alumno extraordinario y nunca tuve un talento sobresaliente, pero no me hacía falta ser mejor que otro. Yo sé que tía Marina habría querido que fuera uno de esos niños que reciben a cada rato felicitaciones y diplomas. Creo que toda su vida se quedó con las ganas de tener un hijo del que pudiera sentirse orgullosa, traer sus fotos en la bolsa, oírle decir a los demás que su fulanito era tan educado, tan inteligente, y las maestras poniéndolo de ejemplo frente a todos, sus tareas impecables, sus uñas tan limpias, su conducta ejemplar. Y se tenía que conformar conmigo, pero no era tan malo, podría decir que era constante, que sacaba muchos sietes, que era dueño de un gato saludable, que poseía una forma de sigilo única.

Unos años después tía Marina murió. Estaba enferma de los riñones, aunque a mí nunca me contó nada, lo supe hasta que no pudo levantarse de la cama. Sus amigas iban a lo largo del día a atenderla. Era como si les dijera, no me dejen sola con ese muchacho, se los suplico. Aunque no estoy seguro; nunca entendí a tía Marina.

Aunque fueran sus amigas hubo veces en que yo debía atenderla, llevarle un vaso con agua, sus medicamentos, el tazón de sopa. Tía me miraba recelosa, con su palidez que daba un poco de lástima, y sus ojos rodeados de ojeras violetas. No sabría decir qué pensaba pero creo que más que nunca quiso que no saliera de mi cuarto y viera a la pared y no a ella que se moría.

Una tarde el médico fue a hacerle una visita y me dijo a mí, la persona menos indicada, a solas, que quedaba poco tiempo, y me puso una mano en el hombro. Cuando entré a la habitación, tía Marina preguntó que si qué dijo el médico y contesté con la verdad, que no le quedaba mucho tiempo. Permaneció callada, mirando el techo, como queriendo traspasarlo. Más tarde dijo que necesitaba hablarme y puse una silla al lado de su cama. Con una voz muy débil dijo que deseaba que la cremaran y tiraran sus cenizas al mar. Me pidió que yo las tirara. Y luego dijo, sabiendo que me sorprendía que me lo pidiera a mí, que yo era su único pariente y a mí me correspondía esparcir las cenizas. Tienes que sepultar a tus muertos, dijo después de mucho esfuerzo. Yo asentí. Puso una mano encima de la mía, sólo un momento, a tía Marina jamás le gustó mostrarme afecto. Todo ese tiempo en que estuve escuchándola no pude quitar mi vista de la pared de enfrente.

Tía Marina murió dos días después. Su mejor amiga organizó el funeral y la misa. Yo no asistí. Las cenizas me las entregó al día siguiente y dijo que no dejara de llamarle para acompañarme a esparcirlas. Le respondí que sí, pero no tenía intenciones, y ella debió de intuirlo porque me vio

con una cara de vas a pagarlo. Si tan sólo hubiera sido capaz de entender que no necesitaba compañía, y lo mío no eran desplantes sino unas ganas descomunales de querer estar solo. Aunque si me ponía a explicarlo sé que enredaría más las cosas.

Luego pasó el tiempo y en algún punto de mi vida conocí a Mercedes, pero no puedo precisar el momento. Yo ya había dejado la casa tía Marina (aún no esparcía sus cenizas), me mudé a otra ciudad, me llevé conmigo al gato y renté un departamento pequeño. Mercedes apareció y se quedó. Ella era huérfana como yo y pensó que entre nosotros existía un vínculo indestructible. A menudo hablaba del azar, de las coincidencias, del destino. Creía que si estábamos juntos era por la acción de esas tres cosas. No hubo manera de convencerla de lo contrario. Tenía un modo de ver la vida que a veces enervaba.

Se mudó conmigo tal vez un mes después. Yo la dejé vivir en mi casa porque me dio lástima su actitud de perrito abandonado y su teoría de que dos huérfanos que se juntan en el mundo son la gente más afortunada, debido a que saben cómo curarse sus heridas. Lo cierto es que yo nunca tuve ni siquiera un rasguño. Mercedes en cambio parecía haber sido apaleada por la vida, por eso estaba tan indefensa y sus ideas eran tan inocentes y tontas que daban ganas de cuidar a la niña maltratada que había en ella, subirla a un columpio y comprarle una paleta para que la Mercedes adulta dejara de sufrir tanto.

Yo no era infeliz, nunca lo he sido, y ahora que lo pienso creo que siempre he vivido una especie de existencia animal o vegetal. Eso significa que no vivo, porque no siento la necesidad, no porque no quiera, para ser feliz sino para existir y por eso mismo nunca busqué un trabajo en el que me pagaran mucho o una mujer a la que amara. Yo necesito alimento, un poco de sol, agua, dormir, distracciones ocasionales, nada extravagante, y el coito. Estoy bien con eso, sin ir más allá, por eso reconozco que mi naturaleza es puramente animal y que quizá tengo un poco de planta.

Mercedes pronto se dio cuenta de que conmigo no se podía vivir. Se lo advertí antes pero creyó que eran aprehensiones de huérfano. Nos sentábamos a comer y decía, es increíble que puedas pasar días sin abrir la boca. Una vez me pidió que le hablara de mi infancia, una insistencia enfermiza por volver a la infancia para tapar los huecos y reconstruirla un poco, y le conté lo del curso de astronomía. La primera vez que oyó la historia se rió mucho, pero cómo podía ser tan aguafiestas, de dónde me salía tanto desgano, a ella le hubiera encantado que la llevaran a ver las estrellas, y todo tipo de comentarios estúpidos. Cuando volvió a pedirme que le hablara de mi infancia otra vez le solté la historia del astrónomo, pero dijo que quería escuchar algo nuevo, entonces le contesté que no había más y se enojó porque pensó que no confiaba en ella. Hasta que un día se cansó y dejó de insistir, pero sé que quedó desilusionada y supo que el puente que buscaba tender entre los dos tarde o temprano iba a desplomarse.

Mercedes casi nunca contó nada de su infancia, no porque no quisiera, sino por lo triste que era recordar la cama sucia de la gran sala del orfanato, el plato de comida frío, las pesadillas a mitad de la noche, las cucarachas caminando por sus piernas cuando estaba dormida. A veces se ponía a llorar y a veces la tomaba contra mí y me gritaba que yo tuve suerte, que por lo menos conocí Orión, y no era cierto que lo conocía pero entendía su punto, y que si a ella le hubieran enseñado las estrellas su infancia estaría un poco menos coja. Así era ella, les atribuía propiedades milagrosas a las estrellas, como si hicieran felices a los niños huérfanos.

Por lo menos conocerme llevó a Mercedes a que conociera a mi gato. Desde el primer momento se cayeron bien. Eran un par de huérfanos hechos el uno para el otro. Mercedes se horrorizó cuando supo que no le había puesto nombre al animal, creo que ése fue el momento en que empezó a verme con desconfianza, y ella lo nombró serpentina. Yo no me opuse aunque no me pidió mi opinión; desde que llegó se lo apropió y lo alejó de mi lado así como se les quitan los hijos a los padres cuando los descuidan.

Yo trabajaba en una carpintería y estaba fuera de la casa desde las ocho de la mañana hasta las siete de la noche. Me gustaba regresar tarde y no tener que ver a Mercedes a todas horas. No es que ella fuera una molestia, pero para su mala suerte yo soy el tipo de persona que requiere de mucho silencio, espacio, soledad, y Mercedes no era capaz de proporcionarme ninguna de las tres cosas, y para ser justos, yo tampoco podía darle lo que ella necesitaba. Es por eso que empezamos a andar por el departamento como desconocidos; a mí todo eso me parecía mejor, era tan cómodo y se respiraba tanta tranquilidad, pero Mercedes andaba como perdida en ese piso tan estrecho que compartíamos, y yo me la imaginaba como la Merceditas de la infancia, abandonada, con la cara llena de mocos por el llanto, sin nadie que se compadeciera de ella o le cantara una canción para tranquilizarla.

A veces al regresar cansado del trabajo me echaba en el único sillón que teníamos. Mercedes se sentaba a mi lado y el gato se acostaba en su regazo. No voy a negar que al principio se sentía bien tenerla cerca, pero después de un tiempo se volvió molesto. Mercedes y sus caricias, como moscas que vuelan insistente alrededor de la cabeza, me ponían nervioso. Yo lo único que quería era llegar, subirme encima de ella y después dormirme. Una noche tuve que decirle que si quería acariciar a alguien para eso estaba el gato. Ahí se quebró Mercedes, un poco más solamente, porque ya desde antes de conocerme era una persona irrescatable y lo que yo hiciera o dijera apenas consistía en una resquebrajadura sin importancia.

Creo que a pesar de que siempre anduvo siguiéndome por la casa cuando yo llegaba, a Mercedes le empezó a saber mejor el tiempo que no pasaba con ella. Salía un poco más, y a veces llegaba del trabajo y encontraba notas pegadas en el refrigerador que me avisaban de un café con Angélica (no sabía quién era), una comida con Rocío (tampoco la conocía), o un paseo con serpentina. Regresaba, casi siempre, cuando yo dormía y se acostaba muy suavemente en la cama para no despertarme, no por miedo de que fuera a reprocharle su ausencia sino para no molestarme; aun así siempre me despertaba y yo no decía nada. Me daba un poco de pena que saliera para no verme o que se tuviera que inventar esas salidas, porque llegué a sospechar que no existía ninguna de esas personas. Y de nuevo creía ver en ella a la Merceditas niña abandonada, tratando de hacerse un lugar en el mundo, buscando una caricia, un pan, alguien que la necesitara de una buena vez por todas y no podía ser yo.

Por mucho tiempo me olvidé de las cenizas de tía Marina. No es que no tuviera la intención de cumplir su voluntad, es que se me olvidó. Lo de Mercedes me afectaba bastante. Una noche le dije que iba a hacer un viaje y le mencioné las cenizas. No podía creer que nunca se lo hubiera contado; se soltó haciendo preguntas, cómo era la tía, de qué murió, desde cuándo estuve con ella, y de nuevo su obsesión por la infancia, ese rompecabezas incompleto que siempre cargó en los bolsillos.

El mar más cercano se encontraba a tres horas. Esa misma noche hice mi maleta. Mercedes estuvo todo el tiempo seria y en la hora de la cena me preguntó si no pensaba invitarla. Dije la verdad, que no. Se levantó enojada, o triste, de la mesa y se fue al sillón con el gato. Desde la mesa escuché sus sollozos, muy suaves, y de vez en cuando su voz; tenía la costumbre de hablar con el gato. Oh sí, escuché que le decía, así será. La oí entrar en el cuarto y salió poco después con su maleta hecha. La puso al lado de la mía sin decir nada. Entonces así eran las cosas; yo ya no era, por poner una palabra, el amante, ahí mismo me di cuenta, sino más bien el padre y ahora que Merceditas me había encontrado ya no iba a soltar mi mano.

Salimos a las ocho de la mañana para tomar el autobús. Llevamos las dos maletas y el gato, porque hubiera sido una barbaridad dejarlo solo, según Mercedes. El viaje, debo darle crédito, fue tranquilo. Se pasó casi las tres horas asomada por la ventana; a veces hacía un comentario rápido, nunca entendí si era para mí o para el gato, mira esas casitas que se ven en aquel cerro, nunca he estado en el mar, quiero acostarme en la arena, y otras cosas a las que no les presté atención.

Dormité un rato y cuando abrí los ojos me sentí desorientado. Volteé a mi izquierda y ahí estaba Mercedes, asomada todavía por la ventana y con el gato dormido en sus piernas. No sé por qué me quedé viéndola y tampoco sé por qué me pareció tan tierna con su ropa veraniega y las sandalias de playa. Se veía distinta, eso creo. Tal vez era el viaje que recibía con emoción infantil porque nunca antes la llevaron a pasear a ningún lado. Daba un poco de pena verla tan feliz.

Cuando llegamos nos fuimos caminando, cada quien cargando su maleta, directamente hacia a la playa. El gato estaba inquieto pero Mercedes sabía cómo tratarlo. Hacía un bonito día, con el sol en lo alto pero sin brillar demasiado. Le propuse a Mercedes comer algo antes de acercarnos al mar. Aceptó con una sonrisa y dijo que quería camarones. Nos sentamos en una mesa con una gran sombrilla verde. Comimos en silencio, tal como me gustaba, y esa vez Mercedes no trató de conversar; tenía el mar, la arena, el olor marino, su niñez revoloteándole alrededor sin hacerle daño, y todo eso hizo que poco a poco se le fuera formando en los labios una sonrisa indeleble. Sí, como dije, daba pena verla así, tan niña y sin caramelos, tan adulta y sin infancia.

Le propuse acercarnos al mar y casi brincó del asiento; hasta se olvidó de su maleta. Llegó primero que yo a la orilla del mar, se quitó los zapatos y dijo que se sentía riquísimo. El gato se movía nervioso en los brazos de Mercedes y ella le decía cosas para calmarlo como, el agua no se va a mover de ahí, tontito, yo te voy a cuidar para que no te pase nada, pero cómo darle explicaciones a un animal.

Mercedes se paró en la orilla, viendo hipnotizada el mar, y yo me senté un poco más atrás. Pensaba en cómo tirar las cenizas y de pronto volví a recordar la casa de tía Marina, mi habitación y las largas horas observando la pared. Un rápido recuerdo que se desvaneció como un relámpago. Tal vez debía de rentar una lancha para adentrarme en el mar y tirar las cenizas en las profundidades. Aunque daba igual que ahí mismo abriera la urna y la vaciara. La tía, el polvo, de cualquier forma descansaría en el mar.

Mercedes llegó corriendo y dijo que antes de hacer castillos de arena quería meterse al agua. Me entregó el gato y se fue. Primero metió los pies y se quedó un buen rato así. La veía de espaldas y sin embargo podía asegurar que sonreía. Luego avanzó lentamente; a veces pegaba un brinco, o alzaba la cabeza hacia el sol. Sólo una vez volteó a verme, aunque bien pudo ser al gato, y me

sorprendió verla tan emocionada. No importaba la edad de Mercedes, era una niña en ese momento y se encontraba dentro del mar reconciliándose con un espacio pequeñísimo de su infancia. Por fin una pieza del rompecabezas. Una sola.

Dejé de mirarla y no sé por qué otra vez recordé mis tardes frente a la pared. Era nada más un muro frío y sin embargo lo veía durante horas. Nunca pensé en nada. Ni siquiera en mamá que siempre fue tan buena conmigo. Era sólo la pared, y mi mente se sumergía en un pensamiento sin vida.

Volví la mirada al mar justo cuando escuché el grito. Vi su cabeza desaparecer bajo una ola. Cuando la sacaron estaba muy pálida. El gato se me saltó de las manos y se acercó a lamerle una mejilla. Dijeron que no había nada que hacer. Sin la sonrisa en los labios se convirtió otra vez en la Mercedes gris de siempre. La niña adulta abandonada. Alguien me preguntó qué relación tenía con ella y contesté que era mi.

Cuerpo muerto

Leí en el periódico que traían la pintura a la ciudad. Alguien me dijo, es algo que debes ver, así que una tarde que tuve tiempo libre fui al museo. El guía me indicó dónde se encontraba. Soy por lo general una persona escéptica, por eso me cuesta un poco de trabajo decir que una vez que uno se pone delante de ella es imposible dejar de verla. Lo atrapa a uno un inexplicable misterio; la necesidad de descubrir algo oculto detrás de la imagen.

La primera vez que vi la pintura me quedé ahí por horas, luego un guardia me tocó el hombro y dijo que cerraban en cinco minutos. Regresé la tarde siguiente y casi todos los demás días hasta que se llevaron el cuadro. Cada vez que iba era igual; horas parado frente a la imagen como atravesando un túnel oscuro en busca de una puerta, una ventana o un agujero para poder respirar un poco. Desesperado, una tarde pensé por fin encontrar algo y de pronto me sentí fuera del tiempo, hundiéndome en un misterio que tal vez yo mismo inventé.

En cuanto entra a la cripta lo ve y ya no puede quitarle la vista de encima. Casi es seguro que tiene la esperanza inútil de que esté dormido y baste con tocarle un hombro para que despierte. Pide que por favor los dejen solos (no puede evitar hablar como si él no estuviera muerto). Se acerca con respeto al cuerpo y permanece observándolo con estupor. Se ve que quiere decir: despierte, es hora, despierte. Pero no puede decirlo porque el maestro sabe lo que debe hacer, cuando sea tiempo.

Está atento a sus posibles movimientos; piensa que con seguridad de un momento a otro abrirá los ojos, y quiere ser el primero en presenciar cómo desaparece la rigidez de los músculos y la piel vuelve a sonrosarse. Ahora se encuentra tendido, inerte, convulsionado en la inmovilidad, con los ojos fijos en el techo de la habitación, suspendidos en un extraño terror. La boca está abierta, como en el inicio de un grito, con los labios resecaos. No fueron ni siquiera capaces de cerrarle los ojos y la boca. Imbéciles, eso debe de estar pensando sin dejar de verlo y sin atreverse a acercarse para poner una mano encima de los ojos. También debe de pensar que no hace falta, que la situación del maestro es pasajera y sólo es necesario esperar.

El cuerpo es como el de cualquier hombre común y corriente, con los músculos y los huesos exactos, con los mismos órganos internos: un corazón, unos pulmones, una vesícula, un hígado, iguales a los de los demás. Lo ve tan parecido a todos y piensa en lo extraño que es eso, lo raro que es la mortalidad en ese hombre que ahora tiene clavada la muerte de los pies a la cabeza. Se ve tan humano con los brazos, con el ombligo, las piernas, las heridas abiertas en varias partes. Se ve solo y estremecido por la muerte como cualquier otro.

No quiere tocarlo pero le gustaría saber cómo se siente la piel fría del maestro en su mano. Le da lástima verlo tan similar a todos y que haya sabido cómo se siente cuando duele la cabeza o el estómago o cuando se tiene hambre o sueño o cuando lo golpean a uno. Le da pena porque tuvo que soportar esos tragos tan amargos que hace pasar el cuerpo.

Pero no está muerto, aunque lo parezca, en especial por la expresión del rostro; no está muerto, piensa, aunque el corazón dejara de latir. Lo metieron en la cripta hace una semana y lo mantuvieron vigilado, pero ya que han pasado tantos días no les importa quién vaya a verlo siempre y cuando lleve un permiso especial. Sus familiares y amigos, su madre en especial (ella hubiera

querido ir pero la impresión habría sido devastadora), le pidieron que fuera a verlo, que les dijera cómo estaba, qué señales veía, que tratara de averiguar lo que sucedía. Todos están muy angustiados, algunos empiezan a desanimarse, otros quieren ir a exigir que se les entregue el cuerpo para sepultarlo en sus tierras. Tienen miedo porque el tiempo avanza y no sucede nada.

Su madre le pidió y le recordó en varias ocasiones que debía de ver a su hijo con detenimiento para que pudiera describirle con precisión su estado. Mientras lo observa repasa mentalmente lo que va a contarle: lo encontró recostado en una mesa, cubierto con un lienzo, los ojos y la boca abiertos (tal vez no se atreva a decírselo). No tenía la expresión de placidez que se apodera del rostro de algunos muertos (tal vez tampoco lo mencione). El cuerpo parecía paralizado dolorosamente, como si la rigidez lo estuviera asfixiando. La mano derecha estaba encogida y amoratada. Su mano crispada era el inicio de una actitud de defensa que no pudo extenderse hacia todo el cuerpo. La cara tenía un color verdáceo detenido en el cuello, pero que no tardaría en bajar hacia los hombros hasta llegar en un par de días a los pies. Los músculos daban la impresión de estar estirados, a punto de romperse, tensos por algo que pudiera interpretarse como una preocupación. El cuerpo parecía haber emprendido o estar a punto de emprender una lucha contra una presencia invisible. La mano fue la única que alcanzó a moverse un poco después de la muerte, luego de súbito se entumeció, dejando un rastro de movimiento entre los dedos que daba constancia del milagro inconcluso.

Si quisiera ir más lejos también tendría que decirle que la putrefacción está concentrada en la mano derecha. Es diferente al resto del cuerpo porque ya ha iniciado su camino hacia el polvo. Es una anticipación de los hechos. Al verla le recuerda un fruto que empieza a pudrirse. Sabe que después la descomposición subirá y tomará el brazo, se apoderará de él y lo convertirá en una rama seca, así como ya lo ha hecho con los dedos, donde los huesos pronto asomarán marchitos por entre la piel.

Deberá pensarlo mucho antes de mencionar que hay algo extraño con respecto a esa mano encogida. En el rostro hay cierta resistencia, como en el resto del cuerpo, cierto detenimiento, no en la mano metida de lleno en el proceso de destrucción; y sin embargo, parece querer evitar algo, aclarar un error (porque de verdad hay un error inmenso), protestar no contra lo natural de pudrirse sino contra esa muerte que no se quitó de encima el cuerpo.

De cualquier forma no va a decirle nada de eso a la madre, nunca pudo dar malas noticias, menos ahora que se trata del maestro. No podría contarle a nadie lo que ha visto porque sería como matar esperanzas y años de espera y promesas llenas de espigas de trigo, miel y trinos de pájaros. Tal vez lo que sí se atreva a decir es que a no ser por el rostro y la mano derecha el cuerpo se encuentra en buenas condiciones. Las heridas están ahí, inevitables, pero todo lo demás se conserva intacto; nada más hace falta no pensar en el rostro, ni en la mano, que no se fije su expresión en la memoria, y es posible volver a recordar al maestro tal como era.

Lo recuerda andando por los caminos llenos de polvo, hablando de la muerte con los demás, pidiéndoles que no tuvieran miedo, asegurándoles que era como dormir, que no era para siempre, que todos tarde o temprano se levantarían a la vida. Algunos le escupieron o le tiraron piedras o le gritaron charlatán. Piensa que ya no va a ser capaz de protegerlo de esos escupitajos ahora convertidos en risas, chismes, en lodo sobre el nombre del maestro. No hay manera de dar

argumentos que los convencen de que hay un error; pero no escucharán, el cuerpo habla por sí solo, que está muerto y no dormido, maltratado, rígido, a la espera no de una vida mejor sino de que la muerte se lo coma.

Parado frente a él siente de pronto todo se perdió. Piensa que algo tuvo que fallar, un pequeño detalle que torció el curso que debían seguir los acontecimientos. Pudo ser cualquier cosa. Tal vez no era tiempo de que muriera; tal vez el maestro no estaba preparado. Nadie sospechó lo que pasaría al desencadenar los hechos, ni siquiera él; sólo ahora se sabe que fue demasiado pronto. Viéndolo tendido comprende que le faltó ser menos piel, menos esqueleto para lograrlo. El maestro desaparecerá dentro de unos meses, su carne se desbaratará, se exhibirán sus huesos, se le verá la calavera, es indignante, será como cualquier otro, materia podrida, desperdicios, y al final polvo.

Le duele ver el cuerpo encima de la mesa. Le dan ganas de llorar y de acercarse a su oído y decirle disimuladamente (siente que los vigilan): despierte, llegó la hora, no puede seguir retrasándose. Todos creían que iba a dormir durante unos días, pero si lo miraran como lo está mirando él no podrían seguir creyéndolo, hasta se atreverían a pensar que de verdad murió, como ya empieza a creerlo ahora que lo ve tan clavado a los ojos, a la boca, a las manos, a las rodillas, a los pies, tan de lleno en la muerte y el cuerpo cadavérico. Pensó que cuando entrara lo encontraría fresco, repleto de vida, esperando pacientemente el término del sueño; soñando con ángeles y nubes, no así, inmerso en un sueño de reptiles y pájaros negros.

Van a venir en cualquier momento a decirle ya es hora y van a señalarle la salida. Lo va a tener que dejar solo aunque no importa que se quede solo si el maestro no se da cuenta de nada. Ya no pudo despertar, está atrapado o varado o quién sabe qué le pasó pero no pudo lograrlo. Todos pensaron que iba a ser capaz de despertar del sueño de la muerte y ahora nada más hace falta verle los ojos vaciados para saber que su estado es definitivo. Verle la boca abierta, casi lista a expeler un grito de auxilio. Ver su cuerpo que no alcanzó a elevarse. Su mano agarrotada. Sus carnes indefensas.

No cree tener fuerzas para decirle esto a los demás ni para aceptarlo. El maestro sí se murió. Trató pero no pudo. Se nota que trató, por eso quedó detenido en esa expresión corporal de movimiento interrumpido, por eso la contracción de los nervios, por eso la mano empezando a hacerse puño. Y ahí acabó todo, no fue posible avanzar más, la muerte lo capturó, músculo a músculo.

Están a punto de venir, oye pasos, ya casi siente sus manos en la espalda. Se reirán del maestro, van a decir maldiciones, se acercarán a su cadáver haciendo muecas de desprecio y no podrá evitarlo, no va a defenderlo. Lo empujarán hacia la salida y afuera recibirá la luz del sol con aturdimiento. Pensará en qué decirles a los demás, cómo explicar lo que vio. Va a querer olvidar el rostro muerto lleno de un espanto discreto, pero sobre todo tendrá que escoger bien las palabras para cuando les diga que el maestro ya no volverá con ellos como prometió, después de tres días de muerto, no por mala voluntad, se nota que lo intentó. Les hablará de nuevo de la expresión del rostro, la inquietud del cuerpo, la mano crispada, para que comprendan que trató de regresar a la vida. Tendrá que decírselos: el maestro no alcanzó a resucitar, y no le creerán. Entonces les hablará de la boca abierta, de los ojos que intentan ver hacia arriba, que buscan algo, que se quedan detenidos, y tampoco le creerán. No habrá más remedio que contárselos todo, describirles punto

por punto al muerto, explicarles que se volvió un cuerpo como cualquier otro, que se está pudriendo, que huele mal, que se convirtió en humano. Después de eso es difícil pensar qué va a decirles.

Vaticinio

Siete cuarenta y cinco de la mañana. Asiento 6A. Ventanilla para mí. Una maleta pequeña en el compartimiento de arriba. Todos los cerrojos echados en casa y las ventanas bien cerradas. El gas desconectado. Candado en la puerta del cerco. Boleto de turista comprado a última hora. Nada de maquillaje en la cara. Peces tirados, con mucha pena, en el inodoro: qué iba a hacer con ellos. Ahora todo está bien. El avión se encuentra en la pista de aterrizaje a punto de despegar. Enseguida de mí se sienta un hombre que parece abogado. Nos sonreímos y luego cada quien a lo suyo; es decir, yo a asomarme por la ventana para despedirme pero uno no se despide de su ciudad viendo aviones y la torre de control, y él a abrir un libro del que no alcancé a leer el título.

La azafata empieza con las instrucciones y las pantallas se encienden para mostrar las maniobras de salvamento. Chaleco salvavidas debajo del asiento. La mascarilla se descuelga frente a uno en caso de ser necesario. No pongo demasiada atención. Yo no me voy a morir en un accidente aéreo. Me lo dijo una vidente, no cualquiera, sino mi hermana y a mi hermana yo le creo todo cuando se trata de premoniciones. Aunque ella nunca ha aceptado que puede ver el futuro, insiste en que son corazonadas, yo sé que lo dice para no asustarme o para no hablar de eso. Mariana dice que las brujas dejaron de existir hace mucho y se ríe; así es como trata de construir la coraza que la separe de la otra mitad de sí misma, porque creo que siempre se ha tenido un poco de miedo.

La noche que hablamos de mi muerte fue la anterior al viaje de Mariana. Yo no podía dormir por la pena que me provocó la noticia de su partida. Tal vez sufría y algo se la comía por dentro, por eso necesitaba estar sola, para llorar sin que nadie la viera y gritar sin que nadie la escuchara. Sin que yo la viera y escuchara. No sé si por eso quería irse, pero sé que Mariana siempre anduvo escondiendo la tristeza.

¿Qué tienes, camaleón?

Mariana a veces me llamaba con nombres de animales. Una forma rara de mostrarme su cariño. Estaba pensando.

Cuando vas a dormir no tienes que pensar. Debes dejarte llevar, como si estuvieras en una piscina o un lago, y luego hundirte, poco a poco.

Pensaba en la muerte, Mariana. Ahora menos voy a poder dormir si siento que me voy a ahogar cuando cierre los ojos.

Mi hermana me pasó una mano por el cabello, primero suavemente, y después lo revolvió como si me fuera a sacar el polvo de encima.

Para qué pensar en eso. La muerte se espera y ya, mira que luego te asusta y no te deja dormir. Pensaba también en mamá.

Ella murió años atrás en un accidente automovilístico. Mariana ya era mayor de edad y a mí me faltaban unos cuántos meses para serlo, así que no vivimos el drama de tener que irnos con parientes o que nos separaran para llevarnos a un orfanato. Nos quedamos en casa y tratamos de que la vida siguiera adelante.

Yo también la extraño, hormiga.

Anoche soñé con mamá. Organizábamos una gran comida en el patio. Había muchas personas, tantas que a algunas no las conocía. Una señora se acercó y me preguntó si yo preparé la carne. Contesté que sí; sonrió y dijo que era una delicia. Me parecía familiar, y luego me di cuenta de que tenía la voz de mamá, también sus ojos. Me dio la mano y dijo, no se te olviden las aceitunas a la próxima, y desapareció justo cuando supe que era mamá. Me quedé parada en medio de todos, sollozando, porque no la reconocí desde el principio y perdí la oportunidad de abrazarla y decirle cuánto la extraño.

Mamá lo sabía.

¿Qué?

Que la querías.

Por favor, Mariana, no me psicoanalices.

No te pongas así, tonta.

Hubo algo más. Cuando mamá me dio la mano sentí que me puso algo en ella.

¿Qué?

Miré después de que desapareció. Me dejó un puño de gusanos vivos.

No dijo nada; abrió un cajón y sacó el paquete de cigarros. Se escuchó el chasquido del encendedor y luego vi el ojo de fuego flotando en la oscuridad. Me ofreció uno pero no acepté.

¿Recuerdas cuando fuimos un tiempo a la escuela de la calle quince?

Sí, lo recuerdo.

¿Y también recuerdas aquella mañana que desayunábamos y tú dijiste que no valía la pena ir a la escuela?

Sí, pero...

Déjame terminar, Mariana. Mamá te preguntó por qué y dijiste que iban a cancelar las clases. Vaya manera de querer quedarse en la casa, dijo mamá. Nos reímos pero tú no te reíste. Cuando llegamos a la escuela nos avisaron que la maestra Esmeralda había muerto de un ataque al corazón y se suspendieron las clases. Mamá se asustó y en la casa se metió contigo en nuestro cuarto por mucho tiempo. ¿Qué te dijo?

Lo que cualquiera diría. Me hizo muchas preguntas: Cómo supiste, qué cosas andas haciendo, quiénes son tus amigos, en qué libros estás metiendo las narices. Y luego me llevó a la iglesia, me hizo hablar con el padre y él me dijo que debía leer la Biblia, de principio a fin, porque era la única manera de salvarme.

¿La leíste?

No.

Pero si yo te veía andar cargando con ese libro tan pesado que te compró mamá.

Sí, pero sólo para no preocuparla. Yo sabía que no necesitaba leerla, que no había que darle importancia a lo que dije. Quería probarles que no iba a pasar nada si no la leía.

La azafata se acerca a cada uno de los asientos y revisa que los pasajeros hayan acatado las instrucciones. Se inclina hacia mí y me pide con una sonrisa que me ajuste el cinturón de seguridad. Sí, claro, disculpe. Mi mirada vuelve a encontrarse con la del abogado y nos sonreímos. No tengo ganas de iniciar una conversación. Anoche no pude dormir; me siento malhumorada y triste. Quiero mirar por la ventanilla todo el camino. Cuando veo las nubes me quedo sin pensamientos.

Casi nunca viajo en avión porque me dan miedo las alturas, por eso no me gusta asomarme a ver qué hay abajo. Todo es culpa de mis sueños que consisten en pesadillas en las que me caigo y parece que estoy dentro de un vacío que nunca va a terminar hasta que de pronto me estrello y siento que el cuerpo deja de ser mío. La gente empieza a rodearme y escucho frases entrecortadas: pobrecita niña. Mira cómo está. La vi desde lejos y sabía que. Se le rompieron las alas. Llaman a su madre y díganle que no va a. Ya no tiene sangre. Despierto y mi grito rebota en las paredes.

Duérmete ya, mariposa.

También pensaba en papá.

Qué podrías pensar de él si no lo conocimos.

Pensaba en lo que nos contaron de él. ¿Crees que sea cierto?

La gente inventa chismes para hacer más interesante la vida.

¿Entonces no crees que esté preso en África?

Quién te dice que no. Marruecos, África, Las Malvinas, o en todos esos lugares en diferentes años.

Una vez escuché a la abuela decirle a mamá que era un hijo de puta.

Siempre te dio por escuchar conversaciones ajenas; luego andabas llorando pero te lo merecías. Nunca entendiste que lo que no se sabe no duele.

Claro que tenía que andar pegando la oreja a las paredes, de qué otra manera me iba a enterar de cosas de las que nadie me hablaba. ¿O te crees que iba a vivir toda la vida con ese cuento de mamá que decía que a ti te trajo una gaviota y yo aparecí en el lomo de un pez?

Mariana se ríe y luego suspira suavemente, con nostalgia. Siempre fue como mamá que le gustaba contarme historias para cuidarme de la verdad. Pensaban que no podía soportar un golpe y me llenaban de mentiras. Hermosas mentiras con cintas de colores y confeti y olor a menta. Hasta que descubrí que detrás de las puertas cerradas con sigilo el mundo era áspero y olía mal.

Tengo el corazón roto, Mariana.

No me digas eso, caracol.

Ya no voy a volver a verte.

Pero vamos a estar cerca. Te subes a un avión y en unas horas volvemos a abrazarnos.

No va a ser lo mismo. No vas a estar aquí. No vamos a vernos todos los días. Además tú sabes que me dan miedo las alturas. A mí no me trajo una gaviota.

Mariana ríe y me aprieta una mano: tonta, dice.

La vida de todos tiene un camino trazado y no se puede ignorar. El destino te lleva; aunque claro, también uno se puede resistir pero así todo termina mal.

No hables tonterías, Mariana. Eso lo decía mamá pero no tienes que repetirlo tú.

Mamá decía: Mariana, tu hermana es una niñita muy dulce y tiene el corazón tan pequeñito todavía que debemos cuidarlo bien. Si se agujera su corazón ya nunca más podremos repararlo.

Mamá exageraba. Tú corazón era igual de frágil que el mío.

Duérmete ya, jirafa.

No me digas así. Me llamo Liliana. Esa manía tuya y de mamá de andarme poniendo apodos.

Ya vas a enojarte por un poco de cariño.

Estoy enojada porque te vas a ir.

Pero si no me voy a China.

Y qué. De todas formas me quedo sola y con el corazón roto a pesar de lo mucho que trataron de cuidarlo mamá y tú.

¿Recuerdas el cuento de la rana encantada que leíamos de chicas?

Sí, un poco.

Como a ese personaje que estaba triste por la desaparición de su amo, a tu corazón también le pusimos encima tres barras de bronce para que no se saltara alguna vez si sufría un dolor muy fuerte.

Ya no tengo ganas de oír historias, Mariana.

Se escucha que prenden los motores. Abajo hay hombres con trajes fosforescentes y banderillas en las manos. Un nuevo recuento del estado de las cosas en la casa: puertas con seguro. Todos los grifos cerrados. La cama hecha. Una llamada apresurada a Ricardo: lo siento, tengo que irme de la ciudad. Perdona que no lo diga en persona pero ya no hay tiempo, el avión sale dentro de poco. Después cuelgo porque se me acaban las palabras y el mensaje queda grabado en la contestadora. Una falta de respeto, ya lo sé; así no me educaron, ya lo sé. Tú siempre tan intempestiva, decía mamá, no te aguantas las cosas aunque callar sea de vida o muerte. Una buena parte de la vida es soportar aunque se te cierren los ojos de sueño, aunque te mueras de aburrimiento, aunque no te guste la decisión de alguien. Uno se aguanta. Y ahora la contestadora del pobre de Ricardo debe tener el foco parpadeando mientras se oye el sonido que avisa que hay un mensaje, y nada más hace falta que apriete un botón para que empiece a sentirse miserable. Entiende que así no se hacen las cosas.

¿Qué te dijo mamá cuando estaba en la cama del hospital?

Que te cuidara mucho, que nos quería con toda el alma, que no lloráramos.

¿Supiste que se iba a morir?

Los doctores dijeron que sus heridas eran graves.

No me refiero a eso, Mariana. ¿Supiste que se iba a morir así como sabías que se iba a morir la maestra Esmeralda?

Tú sabes que no me gusta hablar de esto.

Mamá te lo prohibió pero ella ya no está.

Yo también me lo prohibí. Pregúntame cualquier otra cosa.

Quiero saber si lo sabías.

¿Para qué?

Para saberlo. Hay cosas que nada más sirven para saberlas.

Y luego qué. ¿Me vas a decir que debí haberlo evitado?, ¿que mamá podría estar viva?

Sí, pero también hay cosas que se dicen sólo para sacárselas uno de adentro.

No llores, Mariana. Por favor, no llores.

Sí sabía.

No, no llores en nuestra última noche juntas, por favor.

El avión se encuentra posicionado en la pista listo para despegar. Inicia el recorrido. Me gusta sentir la gravedad pegándome al asiento. El cuerpo se siente pesado como cuando uno va cayéndose hacia el sueño, y por más que se intente no se pueden volver a abrir los ojos. Por qué

no hacer las maletas si nada me detenía allá. Si mis raíces se pudrieron. Si andaba por la casa estrellándome contra las paredes y se me olvidaba cómo dormir, cómo llevarme la comida a la boca. No debiste irte, Mariana. Se supone que debíamos de estar juntas y hacernos compañía para siempre. Dices que la vida se lo lleva a uno, que no hay manera de resistirse, pero no es cierto, Mariana, son cosas que uno se dice para consolarse de las decisiones que toma. A lo mejor ya no podías vivir conmigo. A veces creo que es eso. Me veías y se te notaba en la mirada algo que empezaba en cariño y terminaba en tristeza. Y luego un día llegaste diciendo que se te presentó una oportunidad magnífica en otra ciudad. Hiciste tus maletas y ahora estoy arriba de este avión a pesar de que sabes que tú eres la gaviota y yo un pez que se revuelve desesperado porque se le está acabando el agua.

Mariana, no puedo dormir, tengo miedo de morirme.

¿Y tú por qué tendrías que morirte ya?

Pues porque todo mundo se muere.

Mariana se acuesta a mi lado y me abraza.

No tienes de qué preocuparte, pez. Mira, a ver, dame tu mano. No, ésa no, la derecha. Primero déjame prender la lámpara. Bueno, a ver la mano.

No me digas que me la vas a leer.

Shh, la vidente necesita silencio.

Me río y espero como si confiara en que me va a decir algo valioso, y dejo que ella se concentre como si de verdad Mariana creyera en la lectura de las líneas de la palma de mi mano.

Felicidad, mucha felicidad. ¿No te da alegría?

Sí.

Hay más. Un hombre guapo. Un hijo obediente. Varios viajes. Ah, y aquí está, una vida buena, muy linda. Y tú tan preocupada, si todo te va a salir bien.

No inventes mentiras, Mariana.

Si no estoy inventando nada, está todo muy claro aquí.

¿Qué más dice?

Que tienes que dejar de preocuparte tanto.

¿También me voy a morir en un accidente?

Mariana aprieta un poco más mi mano. Ve mi palma y se pone a tocarla con la punta de los dedos.

No. Claro que no.

¿Estás segura, Mariana?

Tú siempre buscándole tres pies al gato. Tienes que estar tranquila para vivir sin miedo.

Es que...

Nada, mariposa. Espera un momento, ya es hora de descansar.

Mariana se dirige hacia un cajón y saca un frasco blanco. Ya sé qué es. El único modo posible de olvidarme de todo por unas horas.

Toma. Te vas a sentir mejor.

Me diste dos.

Nada más por este día. Vuelvo en un minuto, voy a fumar afuera.

Quédate, por favor.

Es sólo un momento, Liliana. Lo necesito.

Sale de la habitación. Apaga la luz y yo me acomodo en la almohada. Unos minutos después siento que floto y nada tiene importancia. Estoy dormida cuando Mariana regresa.

El avión se eleva, toma altura, aparecen los anuncios que indican que es posible desabrocharse el cinturón. Las azafatas pasan después de unos minutos con las bebidas y los cacahuates. Pienso en Mariana. Se va a sorprender cuando me vea. El abogado voltea hacia mí y me ofrece su bolsa de cacahuates, dice que no le gustan. Me da vergüenza rechazarla. Justo en ese momento se escucha un ruido. La gente se sobresalta. El avión da un tumbo. Me asomo por la ventanilla pero no veo fuego. La voz del capitán dice: un pequeño contratiempo, nada de qué preocuparse. Los cinturones deben volver a abrocharse. No importa lo que el capitán haya dicho, la gente empieza a inquietarse. Varias mujeres gritan histéricas. Hombres con caras descompuestas tratan de consolar a sus familias. Niños agitados que no saben lo que pasa, pero seguramente debe de ser malo, se aferran a sus madres. Un pequeño caos dentro del pájaro metálico. Nada de qué preocuparse, vuelve a decir el capitán por el altavoz, y pide a las azafatas, que antes andaban por el pasillo calmando a los pasajeros, que se ajusten ellas también el cinturón. Dejo atrás el alboroto y vuelvo a pensar en Mariana. Se va a sorprender cuando me vea aparecer de improviso y me va a decir que soy una loca, una desesperada, un pobre pajarito con las alas rotas, o más bien un pecesito sin oxígeno. Nos vamos a abrazar y de nuevo la masa flotante en el pecho con el nombre de felicidad.

No tengo miedo. Ni siquiera cuando vuelve a escucharse el segundo ruido. Me asomo por la ventana y veo las nubes. El abogado toma mi mano entre la suya; está temblando.